

HENRY MELVILLE

MOBY DICK



HENRY MELVILLE (1819 - 1891)

Imagen de dominio público. Fuente:

http://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Herman_melville.jpg

MOBY DICK

Decidí mi vocación marinera hace ya varios años, en una ocasión en que yo me encontraba con los bolsillos vacíos y nada de lo que había en tierra me interesaba.

Entonces pensé lanzarme al océano y ver sus maravillas. Mi nombre es Ismael y de vez en cuando me entran accesos de melancolía; cuando esto ocurre, considero que lo mejor es adoptar de pronto una resolución heroica. Y eso es lo que yo hice.

Decidí ir al mar, pero no me embarqué en un buque como simple pasajero; no, ni mucho menos. Tampoco como cocinero o camarero. Detesto estos oficios. Ni siquiera como capitán de nave.

Me embarqué como marinero; como uno de esos que están a proa y soportan cuanto venga. ¿Que es duro este oficio? Desde luego; y mucho. Pero a mí me gusta.

Además, todo en esta vida es difícil y a todos nos parece nuestra profesión la más dura de todas.

Pero bueno, voy a ceñirme al tema. Todo ser humano, en algún momento de su vida, ha sentido una gran atracción por el mar. La sienten los miles de ciudadanos que permanecen horas enteras acodados en las barandas de los paseos marítimos.

No se atreven a lanzarse al mar, pero al menos sueñan con el mar, con sus inmensidades, con sus misterios, con sus aventuras.

En cuanto a mi persona, siempre, desde muy niño, he sentido esta atracción por el mar. Digamos que casi se trata de una vocación. Y también por que soy un aventurero que nunca ha podido arraigar en ningún lado.

¡Cómo me divierto al ver las inmensas ciudades a lo lejos, llenas de microbios, mientras yo siento las olas batir bajo mis pies!

¡Pero no acabo de explicarme cómo después de haber pasado tantos años en la mar, de pronto me venía de nuevo la idea a la cabeza de surcar los océanos y, además, tras una ballena.

No me lo explico, aunque pudiera ser que se tratase de mis ansias aventureras; o por lo misterioso y excitante de las ballenas, o quizá por ver mares desconocidos.

II

Pensé que lo mejor era ir hacia el Pacífico, por lo que metí un par de camisas en mi viejo saco y salí de la ciudad de Manhattan un fin de semana. Por la noche llegué a New Bedford, y me enteré, no sin disgusto, que hasta el lunes no podría salir de allí.

Tenía un día y noche por delante, por lo que decidí buscar, ante todo, comida y alojamiento.

Palpé con la mano las pocas monedas que me quedaban en el bolsillo, y en aquel mismo momento determiné ser ahorrativo y poco generoso con el posadero que me alojase.

Crucé calles y plazas y al fin llegué a una especie de mesón llamado de «Los Ángeles Custodios»; estaba atestado de marineros, y decidí que había demasiado ruido para quedarme en aquel lugar.

Luego vi otro llamado «El Pez Espada», y al fin me quedé en «El mesón de la Ballena. Peter Coffin».

« ¡Vaya! He aquí un mesón que parece cómodo, y no será caro. Podré dormir y quizá hasta tomar un café de bellotas», pensé.

Entré sacudiéndome las botas y el mesonero me detuvo diciendo:

-Lo siento, amigo. El mesón está lleno... Pero, ¡un momento!; si no le importa dormir con un arponero... Porque seguro que usted quiere ir a la caza de la ballena. En ese caso tendrá que acostumbrarse a los arponeros.

-No es que me guste, pero si no hay otra cosa...

-Bueno. ¿Quiere cenar ahora?

Y el mesonero llamó a todos los presentes para la cena. Nos hizo entrar en una sala grande y muy fría. Todos se subieron los cuellos de las chaquetas y se dispusieron a beber una taza de té caliente. Yo les imité, y, desde luego, no puedo quejarme de la cena que nos

sirvieron. Primero carne y patatas y luego budín. ¡No estaba nada mal!

A mi lado había un muchacho fuertote que comía vorazmente. El mesonero le dijo:

-¡Chico! ¡Vas a reventar si sigues comiendo de ese modo!

Yo, a mi vez, me acerqué al propietario y le pregunté si ése era el arponero.

-¡No! El arponero es un hombre mucho más refinado. No tardará en llegar.

Sin saber por qué, el arponero me inquietaba; resolví que si teníamos que dormir en la misma cama, él se acostaría antes que yo.

Al terminar la cena, todos los marineros se fueron al mostrador. Yo fui el único que me quedé a esperar.

De pronto se oyó un griterío anunciando que el navío Grampus acababa de llegar de las islas Fidji después de tres años de viaje.

En el mesón irrumpieron un tropel de hombres que se precipitaron hacia el mostrador.

Yo encontré normal que después de tanto tiempo en alta mar tuvieran deseos de refrescar el gaznate; mas al poco tiempo estaban todos completamente borrachos.

Uno de los que estaban con ellos me agradó inmediatamente. No bebía apenas, era muy alto, muy fuerte y su cutis curtido contrastaba con sus blancos dientes.

Parecía serio y en sus ojos profundos se reflejaba un algo melancólico. Pero desapareció en cuanto sus compañeros empezaron a caer borrachos por el suelo, y no volví a verlo hasta días más tarde, en alta mar.

Al rato, sus amigos notaron su ausencia y comenzaron a llamarle, ya que, por lo visto, le profesaban gran aprecio y tenía influencia sobre ellos.

-¡Bulkington! ¡Bulkington! ¿Dónde lo has metido?

Y como allí no estaba, salieron atropelladamente.

De nuevo quedó la estancia en silencio y yo volví a pensar que tenía que compartir la cama con otro hombre, un desconocido y, por añadidura, arponero.

Sus vestidos no serían probablemente un dechado de limpieza y me entraron picores por anticipado. Decidí esperar un poco más para ver si llegaba.

Dieron las doce menos cuarto y el arponero no apareció por allí. El mesonero se acercó y me dijo:

-Buen hombre: es ya hora de acostarse.

Mi compañero no ha venido todavía.

-Es raro; pero no se preocupe. Trataba de vender la cabeza.

-¿Qué?

-Sí; yo le dije que esperara, pero él se empeñó en venderla. Le parece la mejor de las que existen en el mercado.

-¿Qué cabeza?

-Oiga, amigo, no se asuste -el mesonero sonrió al ver mi cara de terror-. Este arponero ha venido de los mares del Sur, y allí compró unas cuantas cabezas neozelandesas debidamente embalsamadas. Ayer estuvo vendiendo algunas y hoy pensaba vender la última. Al parecer, es la mejor. Bueno, es ya un poco tarde. ¿Le acompaño a la cama?

Me levanté y fui tras él; me llevó a una habitación fría y oscura. A la luz de la vela me pareció también muy pequeña; pero, por fortuna, la cama era grande.

Cuando el mesonero se fue, yo me quedé solo y pensé en el arponero vendiendo cabezas embalsamadas.

Me tendí en la cama y tardó mucho tiempo en que el dulce sopor que precede al sueño se apoderase de mí. Y en aquel preciso momento oí unos pasos que avanzaban hacia mi habitación por el corredor.

Había llegado el momento de ver a mi compañero de cama. Se abrió la puerta y entró un hombre alto y fornido a quien no pude distinguir la cara.

Colgó la famosa cabeza neozelandesa de los pies de la cama y se sentó, comenzando a desnudarse, aparentemente sin haberse dado cuenta todavía de mi presencia.

Por fin se volvió. ¡Qué miedo tuve!

Su rostro era de un color oscuro, y estaba lleno de unos cuadritos negros. Primero pensé que sería esparadrapo para cubrir algunas heridas, pero en seguida me di cuenta de que eran tatuajes extraños y misteriosos.

Abrió luego su saco de marínero del que extrajo un tomahawak, que puso sobre un cofre que había en la estancia; después se quitó el sombrero y pude observar con sorpresa que era más calvo que un huevo, ya que sólo conservaba un mechón de pelo en forma de trenza sobre la frente.

El salvaje, una vez desnudo, comenzó a hacer aspavientos extraños ante una estatuilla que extrajo del saco. Luego se puso a fumar en una pipa y se metió en la cama.

Yo empecé a hablar para decirle que, por favor, apagase la pipa, cuando el hombre se levantó de un salto y comenzó a hablar en un inglés malísimo.

-¿Ouíen ser tú? ¡Yo matar! ¿Oué hacer aquí?

Yo me asusté tanto que no pude contestar y sólo grité con todas mis fuerzas:

-¡Mesonero! ¡Mesonero! ¡Venga! ¡Socorro!

El propietario debía de dormir al lado, pues casi inmediatamente se abrió la puerta y entró.

-Oiga, podía haberme advertido que tenía que dormir con un salvaje...

-Ya le advertí que negociaba en cabezas. Entonces, ¿qué podría ser? Pero no tenga miedo, Ouequeg es un buen hombre y es incapaz de hacerle daño.

-Yo no estoy tan seguro...

-Vamos, Queequeg, este hombre tiene que dormir contigo porque me paga la cama, ¿comprendes?

-¡Ah! Esto ya ser otra cosa. De acuerdo. Puede entrar en la cama.

Y añadió un gesto muy cortés, abriendo las sábanas para que yo entrara.

-Oiga, mesonero; otro favor. Pídale que deje la pipa.

El mesonero se lo comunicó a Ouequeg y pocos instantes después ambos dormíamos plácidamente.

III

Me desperté temprano y entonces comprobé que mi compañero había dormido abrazado a mí, rodeándome el cuello con su brazo.

Miré aterrorizado aquel brazo lleno de tatuajes que me oprimía el cuello impidiéndome todo movimiento.

-¡Eh! ¡Queequeg, amigo! ¡Despierta!

Pero el salvaje no hacía el más mínimo gesto ni se despertaba.

-¡Por favor! ¡Despierta!

Al fin, gracias a mis gritos y a los pocos movimientos que hacía, el arponero se despertó y, muy amable, me dijo en inglés que primero se vestiría él para dejarme libre la habitación.

Yo asentí con mucho gusto, y entonces el hombre comenzó a vestirse, colocándose en primer lugar su sombrero de fieltro. Luego cogió las botas y para ponérselas se metió debajo de la cama. Pensé que esto debía formar parte de un extraño ritual.

Después procedió a afeitarse con su arpón, cosa que me dejó estupefacto.

Cuando él salió de la habitación, yo me vestí apresuradamente y bajé; en el comedor nos esperaba el mesonero con el desayuno preparado.

Los marineros hablaban de la caza de la ballena y yo me sentía cada vez más atraído por subir a un ballenero y emprender la gran aventura.

Salí a dar una vuelta por la ciudad y al volver encontré a Queequeg solo en la taberna, tallando un fetiche toscamente.

Le miré durante largo rato y advertí que, a pesar de su terrible aspecto, en su interior latía un corazón tierno y bondadoso. De pronto sentí que el salvaje estaba cerca de mi alma.

Me acerqué a él y hablamos largo rato. Yo le conté lo que querían decir unos grabados de un viejo libro que tenía, y él me contó su vida. Procedía de una remota isla llamada Rokovoko, del continente asiático.

Desde muy niño le entró el ansia de aventuras y por esta razón sus padres le repudiaron. Era hijo de reyes.

Un día llegó un barco a las costas de Rokovoko y el muchacho intentó que le admitieran en la tripulación; como ésta estaba completa, el capitán no le quiso tomar a su servicio, y encima se burló de él.

Entonces se embarcó como polizón, y al descubrirle en alta mar, el capitán hizo que le azotaran durante dos horas seguidas. Hubieron de enseñarle el oficio de arponero.

Tenía el propósito de aprender muchas cosas para enseñárselas luego a su tribu; pero sólo las buenas cosas. En sus viajes se había dado cuenta de que hay mucha maldad en el mundo de los cristianos, y esto le desengañó profundamente.

Al llegar la noche, Queequeg me regaló la cabeza disecada neozelandesa, que a la mañana siguiente me apresuré a vender; luego vació sus bolsillos. En ellos tenía treinta monedas de plata. Hizo dos montoncitos y me entregó a mi uno de ellos con la mitad de las monedas.

Yo traté de disuadirle, mas él me las puso suave, pero firmemente, en el bolsillo.

Comprendí que me hallaba ante un hombre primitivo y excepcional.

Como los dos teníamos el proyecto de embarcarnos en un ballenero, decidimos hacerlo juntos.

El arponero me abrazó fuertemente en la cama hasta el punto que creí que me había roto todos los huesos, y poco rato después dormíamos a pierna suelta.

IV

A la mañana siguiente, después de pagar la cuenta al mesonero, pusimos nuestros sacos de marinero en una carretilla y salimos calle abajo en busca del Moss, vapor que efectuaba el servicio postal entre New Bedford y Nantucket.

Poco después estábamos a bordo del Moss, y yo, ¡con qué gusto aspiraba el aire cargado de salobre! Queequeg parecía disfrutar de la misma sensación. Me di cuenta de que la gente se burlaba de nosotros; del color de la piel de Queequeg y de vernos tan amigos.

Estábamos ya en alta mar y fue entonces cuando mi amigo se volvió y sorprendió a uno de los presentes haciéndole burla.

Le miró con tales ojos que yo creí que había llegado para el gracioso su última hora.

Queequeg cogió al burlador por el cuerpo y lo lanzó a los aires, pero antes de que tocara de nuevo tierra le propinó un soberano puntapié en las posaderas.

El hombre salió aullando de dolor en dirección al capitán del barco. Este se hallaba allí a los pocos momentos de ocurrido el incidente.

-¡Oiga! No voy a permitir que se hagan actos de salvajismo a bordo de mi barco.

Queequeg me miró interrogante.

-Claro. Es que podías haberle matado -le dije.

El se echó a reír francamente.

-¡Oh! Yo mato ballenas, no arenques.

Pero en aquel preciso momento ocurrió una desgracia. El viento había ejercido una gran fuerza sobre la vela mayor, y a causa de esto se había roto de cuajo la escota de barlovento, lanzando al agua al muchacho a quien Queequeg acababa de dar una lección.

Todos estaban asustados y nadie sabía qué hacer ante semejante situación; sólo Queequeg mantuvo su sangre fría y, arrastrándose hábilmente por debajo de la botavara, la enganchó para atar un extremo a la amurada, asegurando así la berlinga y salvando el peligro.

Y mientras los marineros intentaban poner a flote un bote para ir a salvar al pasajero que se había caído al mar, Queequeg se desnudó hasta la cintura y se lanzó al agua, ante el asombro de los concurrentes.

No podría decir exactamente cuántos minutos pasaron; pero lo cierto es que Queequeg logró llegar al barco arrastrando con sus fuertes brazos una criatura inanimada, que poco a poco fue recobrando el sentido.

El capitán pidió disculpas a mi amigo por las palabras que antes había pronunciado, pero Queequeg no daba importancia a lo que había hecho.

El hombre simplemente cumplía con su deber. Era un corazón puro. Fue entonces cuando decidí seguir a Queequeg adonde fuera, pegándome a él como una lapa.

Al fin llegamos a Nantucket. Es un lugar inhóspito del que se dice que incluso hay que plantar las malas hierbas, pues allí no crece nada espontáneamente.

Al bajar del Moss, nuestra primera preocupación era encontrar cena y cama. Llevábamos una recomendación de Peter Coffin para su primo Josué Hussey, dueño de la posada «Las dos Marmitas».

Deambulamos un rato por la ciudad hasta dar con la citada posada. A la puerta estaba una gruesa mujer echando a escobazos a un hombre que seguramente no pagaba con buen dinero.

Esta señora era la esposa de Hussey y al oír que queríamos cena y cama nos hizo pasar a una estancia bien caldeada, preguntando sin más preámbulos:

-¿Bacalao o calamares?

-¿Cómo? -pregunté a mi vez.

-¿Bacalao o calamares?

-¿Sólo calamares para cenar? Y seguramente estarán fríos. Esto es poca cosa para dos hombres hambrientos.

Como la señora no parecía estar de muy buen humor por la discusión a escobazos que acababa de tener, gritó sin más explicaciones al cocinero:

-¡Dos de calamares!

Y cuando los trajeron grande fue nuestra sorpresa, porque se trataba de un guiso exquisito, compuesto por pequeños calamares y trozos de cerdo y de galleta,

convenientemente aderezado con sal, mantequilla y pimienta.

¡Todavía recuerdo aquella succulenta cena, amigos!

Ni que decir tiene que pocos instantes después había desaparecido el guiso y mi amigo y yo nos dispusimos a dormir.

V

A la mañana siguiente me levanté muy animoso para ir al puerto en seguida y enrolarme en un ballenero.

Antes, Queequeg y yo habíamos sostenido una larga conversación, y él, después de haber consultado con su fetiche, al que llamaba «Yojo», me dijo que yo debía ser el encargado de buscar el ballenero donde embarcarnos.

No me hizo mucha gracia, ya que mi amigo estaba más capacitado para ese cargo, pero no tenía más remedio que aceptar.

Al llegar al puerto vi tres balleneros anclados y próximos a partir: el Tibbit, el Devildam y el Pequod.

En seguida me gustó el Pequod y subí a bordo. Allí había un hombre a quien pregunté si era el capitán.

-¿Y si lo fuese qué me pedirías?

-Un puesto en este barco, de ballenero.

-Tú no pareces ser de aquí. ¿Has navegado?

-No soy de aquí, pero he navegado muchos años como marino mercante, y ahora me seduce enrolarme de ballenero.

-¿Ya conoces al capitán Achab?

-Creí que era usted.

-No, yo soy el capitán Peleg, que junto con el capitán Bildad estamos encargados de buscarle tripulación. Ante todo debo decirte que antes de enrolarte deberías conocer al capitán Achab. Le falta una pierna.

-¿Y qué?

-Pues que se la arrancó una ballena, la más grande de todas. ¿No lo importa?

-Pues no.

-Una última pregunta: ¿te sientes capaz de lanzar el arpón sobre la inmensa cabezota de la ballena, y luego saltar encima para rematarla?

-Sí.

-Ven conmigo.

Al rato me encontré en la cámara donde se hallaba el capitán Bildad. Este me miró de arriba abajo y se sonrió diciendo:

-Bueno, ¿y éste es nuestro hombre? Bien, le daremos la setecientas setenta y sieteava parte de los beneficios.

Yo ya pensaba que, siendo un novato, mi parte de beneficios sería ínfima, pero no creí que llegara a tanto. Lo cierto es que me contentaba con comida y cama durante unos años; además, había oído hablar del capital Bildad como uno de los más tacaños.

-¡Cómo! Dale la trescientosava parte, Bildad -dijo el capitán Peleg.

Y ante mi sorpresa, ambos se enzarzaron en una pelea en la que volaban los rechazos y las patadas; pero al poco tiempo las aguas volvieron a su cauce, y el capitán Bildad me dijo:

-Bien, muchacho, lo daré la trescientosava parte. Firma el contrato.

Poco tiempo después estaba en cubierta acompañado de Peleg. A éste le pregunté:

-Quisiera conocer antes al capitán Achab.

-¿Para qué? Ya estás contratado.

-¿Podría venir conmigo un arponero que es de los mejores

-Dé acuerdo. Que se presente para que firme el contrato. En cuanto al capitán, ya le verás. ¡Quién sabe dónde se encuentra! Es un hombre raro, mas no creas que es un salvaje; se ha educado en las universidades, pero es un poco hosco y habla poco. Es un buen arponero, ¡el mejor del mundo! Hace poco tiempo se casó con una mujer joven y dulce, que le dio un hijo. Pero lo peor fue después de que la ballena le destrozara la pierna. Entonces estuvo mal de la cabeza debido a las heridas. Pero no olvides nunca que, a pesar de ser un poco raro, el capitán Achab es un gran tipo.

Me alejé del barco un tanto preocupado. ¿Cómo sería el capitán realmente?

Llegué a la posada y encontré la habitación cerrada con llave. Queequeg ya me había advertido que aquel día lo iba a dedicar a sus ceremonias religiosas, por lo que no me inquieté lo más mínimo.

Pasó todo el día, y por la noche, después de cenar, llamé a la puerta. Como nadie me

contestaba, informé a la mesonera de lo que ocurría. Ella empezó a lamentarse:

-¡Dios mío! Seguro que se ha suicidado, como aquella vez el señor Sliggs. ¡Dios mío! Y mi marido no está aquí... ¡Un muerto en la habitación!

-Cálmese, señora Hussey; necesito un hacha para derribar la puerta.

Aunque al principio se opuso, la idea de tener un muerto en casa no le gustaba y al final me entregó un hacha para que derribase la puerta.

Mientras astillas y más astillas saltaban por los aires, la criada y la señora Hussey lanzaban gritos histéricos.

Al fin logramos entrar, y allí estaba Queequeg, enrollado de forma extraña en el suelo, sin dignarse mirarme siquiera.

Yo hice salir a las mujeres de la alcoba, prometiendo que me iba a encargar de él.

Traté en vano de despertarle de su contemplación y al final me acosté y me dormí.

A la mañana siguiente me desperté al alba, y todavía estaba allí Queequeg; iba a saltar diciéndole que esto ya era demasiado, cuando él se incorporó y me miró con ojos dulces, como si viniera de otro mundo.

Entonces se echó en la cama y durmió unos minutos, mientras yo me vestía y arreglaba; luego se levantó y ambos bajamos a desayunar.

Mi amigo se desquitó con creces, pues se comió tres raciones de calamares con sus correspondientes salsas. Así compensó el ayuno del día anterior.

Salimos del mesón escarbándonos los dientes con espinas de pescado y nos dirigimos al Pequod para que Queequeg firmase el contrato.

Al llegar al barco, los dos capitanes me gritaron:

-Si tu amigo no tiene los papeles en regla no puede embarcar...

-No nos habías dicho que era un salvaje.

-No se preocupen, señores -dije sonriendo-, mi amigo pertenece a la primera Iglesia.

-¿Cuánto tiempo hace que pertenece a ella?

-Muchos años. Ya les dije que mi amigo pertenece a la primera Iglesia.

-Bien; entonces puede firmar el contrato. Creíamos que se trataba de un sucio pagano; pero si es cristiano, la cosa cambia.

-A ver, amigo, ¿eres buen arponero?

-¿Tú ver aquella mancha de aceite? ¿Verla? Pues pensar que se trata de ojo de ballena. Mira.

Y Queequeg lanzó el arpón con Bran fuerza, dando de lleno en la pequeña mancha de aceite que flotaba débilmente sobre el agua del mar, cerca del Pequod.

-Si tratar de ballena, ésta hubiera muerto.

Los hombres se entusiasmaron ante el alarde de puntería y seguridad de Queequeg y le ofrecieron hasta la ochentava parte para que se quedara.

Queequeg, en vez de firmar con su nombre, tomó la pluma y dibujó una extraña figura como las que llevaba en los brazos.

El capitán Bildid sacó de su cajón un libro que se llamaba «Cuando llegue tu fin», y se lo dio a mi amigo:

-Toma, hijo de las tinieblas. Te conjuro para que dejes tus costumbres paganas y llegues a la Bondad Divina. Yo me preocupo particularmente por las almas de este buque y quiero que vuelvas a la Verdad y a Cristo.

-¡Cállate, hombre! -interrumpió el capitán Peleg-. Este hombre es buen arponero. ¿Acaso no sabes que en cuanto se convierten se echan a perder?

-¿Cómo puedes ser tan impío? ¿Y qué hacemos cuando sentimos la muerte muy cerca? Entonces rezamos a Dios...

Peleg salió de la estancia sin contestar y subió a cubierta. Allí estuvo recogiendo cuerdas y guardándolas para la próxima partida.

VI

Al bajar del barco, un marinero nos gritó:

-¡Eh! ¡Marinos! ¿Os habéis enrolado en este barco?

-Si te refieres al Pequod, pues sí; acabamos de firmar el contrato.

-¿Ya conocéis al «Viejo Trueno»?

-¿De qué «Trueno» hablas?

-Del capitán Achab. En el mar se le conoce por «Viejo Trueno».

-Pues no, no le hemos visto el pelo todavía.

-¿Oué sabéis de él?

-Poca cosa.

-¿Os han dicho que una vez estuvo tendido en el suelo como muerto tres días y tres noches? ¿Y el duelo que tuvo con un español? ¿Y de la calabaza de plata que escupió? ¿Y de cómo perdió la pierna misteriosamente en alta mar?

-Oiga, mire. No entiendo ni una palabra de lo que dice. Debe estar majareta perdido.

-Tú eres igual que «Viejo Trueno». ¡Allá vosotros!

-Espera, ¿cómo lo llamas?

-Elías.

Y el hombre desapareció. Yo me quedé un poco preocupado, pero al rato volvimos a encontrarnos con Elías en una taberna. El hombre ni siquiera nos saludó, y esto me hizo sospechar que se trataba de un loco.

Y me quedé tranquilo.

Pasaron un par de días y a bordo del Pequod se inició una actividad febril, síntoma inequívoco de que pronto nos íbamos a hacer a la mar.

Si he de ser absolutamente sincero he de confesar que la idea de hacerme a la mar bajo el mando de un capitán del que se decían cosas tan raras y a quien yo mismo no conocía, me inquietaba bastante; pero no dejaba que tal idea me obsesionara.

Durante estos días Oueequeg y yo subimos a bordo varias veces para ver cómo iban los preparativos. Y llegó el día de partir.

Al amanecer nos dirigíamos hacia el barco, cuando fuimos correr a unos marineros en dirección al Pequod.

Un hombre nos detuvo cuando también nosotros apresurábamos el paso. Era Elías.

-Amigos, ¿estáis decididos a embarcar?

-Claro; pero, cuéntanos qué sabes exactamente.

-¿Has visto a estos hombres que corrían hacia el Pequod?

-Sí, vaya, por lo menos me parecieron hombres; pero como hay tanta niebla...

-Bueno, hombre, bueno; pues a ver si los encuentras. Quería avisaros sobre un terrible peligro, pero veo que no vale la pena.

Y se alejó sin decir ni una palabra más.

Mi amigo y yo subimos a bordo del Pequod; allí no había ni un alma; sin saber por qué, me acordé de las palabras de Elías: «¿Has visto a esos hombres que corrían hacia el Pequod?», y me estremecí.

Sólo encontramos a un marinero tendido boca abajo, durmiendo; Oueequeg se sentó a su lado para echar también una siestecita, y yo empecé a fumar la pipa de mi amigo.

Al rato, el marinero que estaba durmiendo se despertó por el terrible olor a humo y a tabaco que despedía, y nos preguntó quienes éramos.

-Somos marineros. ¿Cuándo salimos?

-Según el capitán, hoy mismo.

Iba a hacer muchas preguntas acerca del capitán Achab, cuando el piloto salió de la cabina y llamó a nuestro compañero para que le ayudase.

A medida que iba avanzando la mañana, grupos de nuevos tripulantes iban llegando al Pequod. Nada raro se veía; sólo que el capitán todavía no había aparecido ante su tripulación.

A mediodía, Llegó la hermana del capitán Bildad, que trajo algunos regalos: una Biblia, chucherías y ropas.

Y a mediodía todo estaba listo para zarpar. Los capitanes Peleg y Bildad bajaron, el barco elevó anclas y todos nos lanzamos ciegamente hacia el Atlántico.

He hablado antes de un marinero que en la posada de New Bedford me llamó la atención; un tal Bulkington; pues bien, grande fue mi sorpresa al encontrarle en el timón del Pequod.

¡Qué hombre era aquel, que, recién desembarcado, volvía a emprender la aventura del mar!

Voy a referirme ahora a otros miembros de la tripulación del barco.

Estaba Starbuck, el primer oficial. Era de Nantucket y muy valiente; le daba lo mismo navegar por los glaciares que bajo el sol del trópico. Pero no era un loco temerario, cosa que no deja de ser una cualidad entre hombres de mar, sino un tipo perfectamente equilibrado.

Apenas contaba treinta años y no era mal parecido; creía mucho en Dios y su pasión era el mar. Pero se había desviado un poco hacia lo supersticioso.

Stubb era el segundo de a bordo; estaba siempre de muy buen humor y no era ni vago ni trabajador. Se enfrentaba a las ballenas con frialdad y sin pensar nunca en el peligro.

Canturreaba viejas canciones burlescas todo el día: cuando comía, cuando dormía a incluso cuando se enfrentaba con el terrible monstruo del mar.

El tercer oficial era Flask, que parecía viajar por puro pasatiempo; nunca tenía miedo,

pero yo creo que era por ignorancia e inconsciencia.

Estos tres oficiales eran los que mandaban las tres balleneras del Pequod. Cada uno de ellos tenía su arponero predilecto. Stubb tenía a Tashtego, un indio piel roja, y Flask tenía a Dagoo, un negro gigantesco.

El resto de tripulantes del Pequod pertenecía a todas las partes de la tierra.

VII

Las labores propias de un navío se sucedían con regularidad y sin ningún incidente. Varios días llevábamos ya de navegación y todavía no se había dejado ver el capitán Achab en cubierta.

Sólo sus tres oficiales le visitaban diariamente para darle las noticias oportunas.

Confieso que conocer al capitán se había convertido para mí en una obsesión.

Como no le veía, recordaba con frecuencia las palabras de Elías, aquel marinero que había querido advertirnos Dios sabe de qué.

El barco había zarpado en pleno invierno; exactamente en los días de Navidad, por lo que la temperatura era excesivamente fría.

Yo me alegraba al pensar que poco a poco nos íbamos alejando del frío, yendo en busca del calor.

Al fin, una mañana gris y con niebla, en que subí a cubierta para encargarme de mis deberes, vi a un hombre que no conocía mirando al mar infinito, tieso como un palo. Sin duda era el capitán Achab.

No presentaba síntoma alguno de enfermedad. Más bien me pareció un hombre al que acabasen de arrancar de una hoguera cuando sus ropas habían prendido ya.

Una cicatriz no muy profunda marcaba su rostro y su cuello. Su mirada era dura.

Vi más tarde que la postura rígida que mantenía venía dada por la pierna singular en que se apoyaba. Era un hueso de cachalote pulido y blanco, que sustituía a la pierna perdida en el mar.

A cada lado del alcázar del Pequod había unos agujeros de media pulgada donde el capitán encajaba el hueso y allí permanecía horas observando el mar.

Sus oficiales no le dirigían la palabra, ni él a ellos tampoco; pero todos trabajaban duramente como si tuvieran ante sí a un jefe severo.

A medida que el tiempo iba siendo mejor, el capitán subía más a menudo a cubierta. Unas veces se le veía con su pierna ajustada al agujero del alcázar; otras, deambulando torpemente por cubierta, y en ocasiones sentado en un taburete de marfil.

Yo pensé que debía ser a causa del tiempo por lo que el capitán no se había dejado ver durante los primeros días.

También parecía que su humor era mejor. Hasta le vi sonreír una mañana que el sol acarició su rostro.

Pasaron unos días más y el Pequod, lejos ya de las nieves y el mal tiempo, navegaba con alegría por las aguas ecuatoriales.

Las noches eran cálidas y hermosas y las estrellas nos parecían bellas mujeres ataviadas con rutilantes vestidos.

En tales noches, el capitán acostumbraba a inspeccionar la cubierta, y, a decir verdad, evitaba pasar por el alcázar para no despertar a los oficiales que dormían debajo con el ruido de su pata de hueso.

Era cierto que a medida que el clima mejoraba, mejoraba también su humor. Sonreía a menudo y se mostraba amable con todos; pero, un día, su buena voluntad se vino abajo debido a un incidente grave con Stubb.

Una noche que el capitán, como de costumbre, paseaba por cubierta sin apenas hacer ruido, debido al cuidado que ponía en no golpear demasiado fuerte con su pierna de cachalote, Stubb subió a cubierta y le dijo que por qué no escogía otras horas para pasear, y así dejaba dormir a los marinos y oficiales fatigados del trabajo del día.

Incluso le propuso envolver la pata con estopa para amortiguar el ruido. El capitán Achab contestó brillándole los ojos con furia:

-¿Crees que no soy más que una bala de cañón a la que hay que envolver con estopa para disparar luego? ¡Vete de aquí! ¡Cerdo! ¡Vuelve a donde están los tipos como tú esperando la muerte! ¡Vete, cerdo!

Stubb tembló de ira al oír el nombre que el capitán le había dado. Permaneció inmóvil sin pronunciar palabra. Al fin dijo:

-Señor, no estoy acostumbrado a que me insulten de esa forma. No tiene por qué insultarme alas primeras de cambio.

-¿No quieres que lo (lame cerdo? Pues bien, ¡te llamaré asno! ¡Vete a lo perrera!
Stubb vaciló un instante y dio media vuelta hundiéndose por la escotilla. Iba murmurando cómo era posible que se hubiera podido contener ante tal insulto.

Stubb no pudo dormir en mucho rato y entre tanto recordaba: «¿Se habrá vuelto loco el capitán? Nunca le había visto de esa manera. El camarero Buñuelo me ha dicho que por las mañanas encuentra su camarote revuelto; las sábanas y mantas por el suelo. ¿Qué le pasará al capitán? Puede que tenga remordimientos terribles... ¡Maldita sea! ¿Y qué hace dando vueltas todas las noches por cubierta? Bueno, que haga lo que quiera; yo me voy a dormir.»

A la mañana siguiente, Stubb fue a ver a su amigo Flasek y le contó el sueño que había tenido.

-Mira, anoche soñé que el capitán me daba un golpe en la barriga con la pata de cachalote que tiene; yo, enfurecido, comenzaba a darle patadas a él, y de pronto se convertía en una pirámide. Yo seguía pegándole hasta que oí una voz que me gritaba: «Eres un loco, Stubb. El capitán lo ha dado una patada, ¿no es cierto?», sí, contestaba yo, y la voz, que provenía de un centauro, ahora lo recuerdo, me dijo: «Pero no es lo mismo que un hombre lo dé una patada con su pierna por haberte pegado.» Y yo recuerdo que efectivamente me sentía agradecido, o, en todo caso, no estaba enfadado. Fíjate qué sueño tan extraño. No recuerdo nada más de él, pero mira por donde pude solucionar mi problema con el viejo. Procura hacer como yo. Ignora lo que diga y contéstale a todo que sí; es lo mejor que podemos hacer. ¡Vaya! ¿Qué le pasará ahora?

Efectivamente, algo le ocurría al capitán, que comenzó a hacer aspavientos; pronto salieron de dudas, porque comenzó a gritar:

-¡Ballena a popa! ¡Vamos, haraganes, preparaos! Y si veis una de color blanco, ya podéis gritar hasta romperos el cuello.

Stubb miró a su compañero y le preguntó:

-¿Qué sabes tú de eso de la ballena blanca? El capitán parece un hombre comido por el remordimiento o el odio... Silencio, que ahí viene.

VIII

Nuestro relato transcurre en alta mar, a bordo de un ballenero, y precisamente por eso debemos hablar algo sobre ballenas.

Hay muchas especies de ballenas, pero yo las distingo por su tamaño en la Ballena infolio, la Ballena en Octavo y la Ballena en Doceavo, siendo la mayor esta última: mide 32 metros de longitud.

Tienen una aleta sobre el lomo; pero aparte de éstas existen otras que no tienen aletas y son más pequeñas, Llamadas ballenas boreales.

Entre éstas, la mayor tiene 20 metros y la menor siete, y sólo se diferencian en el color, ya que la primera tiene el vientre plateado y la segunda a estrias.

Estos monstruos marinos se alimentan de pescado muy chico, ya que, a pesar de su gran boca, por su garganta no podría pasar ni una simple merluza.

Entonces, lo que hacen es tragar oleadas en las que se entremezclan agua y diminutos peces, algas y bacterias que le sirven de alimento; además, las ballenas no tienen dientes, por lo que todo lo tragan sin masticar.

Pero en la boca tienen una especie de guadañas que pueden pasar de las cuatrocientas y que están dispuestas en forma de laminillas a uno y otro lado del paladar. Estas hacen de colador, de manera que expelen el agua que ha entrado hacia el exterior, mientras el alimento queda retenido en la lengua hasta que es ingerido lentamente.

Otra cosa que quizás os llama la atención acerca de la ballena es el surtidor que lanza algunas veces.

Este formidable cetáceo puede permanecer hasta cuarenta minutos dentro del agua, y al salir expelle el agua que ha entrado en sus pulmones por el aliento produciendo al mismo tiempo un resoplido.

Cuando la ballena no se ve acosada por ningún peligro nada por la superficie a incluso brinca sobre el agua como los demás peces.

Hay una especie de ballena llamada yubarda, que- al saltar emerge todo el cuerpo del agua; ni que decir tiene que resulta un espectáculo impresionante ver a una de estas ballenas saltar, ya que la menor de ellas es tres veces más grande que un elefante.

Y no digamos si se reúne una manada de yubardas; el ruido que producen es ensordecedor.

La ballena es de gran valor, pero lo que más se aprovecha de ella es el esperma o espermaceti, una grasa muy fina.

Un animal muy parecido a la ballena es el cachalote; tiene más de 20 metros de largo y se distingue por su cabeza desproporcionada, ya que suele tener el tercio de la longitud total del animal.

El cachalote se diferencia de la ballena en que no tiene barbas; pero sí posee unos terribles colmillos en la mandíbula inferior, que utiliza, como es natural, para apresar a sus víctimas.

Come rayas, tiburones, pulpos a incluso hombres si se le ponen a tiro. Las peleas entre cachalotes y pulpos gigantes son una de las cosas más impresionantes; duran de quince a veinte horas, y el cachalote conserva las cicatrices de sus heridas durante toda la vida.

La pesca del cachalote es muy peligrosa; se conocen casos de balleneros que han zozobrado ante la embestida furiosa de uno de estos animales.

Al mediodía de la presente jornada, Buñuelo, el cocinero y mayordomo del capitán, asoma el rostro por el ojo de buey y anuncia la comida.

El capitán, que se halla midiendo la altura del sol, deja su trabajo y renqueando se dirige hacia su camarote; al pasar junto al primero de a bordo, le dice:

-A comer, mister Starbuck.

Este se lo comunica a su inmediato, mister Stubb, quien, finalmente, pasa el recado a mister Flask.

Mister Flask, que no tiene que anunciárselo a nadie, se sonríe satisfactoriamente y se dirige hacia el camarote de su capitán para comer.

Aunque la noche anterior se había atrevido a hablar insolentemente con su jefe, en el día de hoy se mostraba sumiso, respetuoso y timorato ante su capitán.

Este presidía la mesa con gran dignidad, como vieja morsa ante sus cachorros. Los oficiales esperaban que les diese la orden para servirse, como si fueran niños asustados ante el maestro.

Lo que más sobrecogía a los oficiales era el silencio que reinaba en la mesa alas horas de las comidas. Y no es que el capitán prohibiese hablar durante ellas, sino que él simplemente no hablaba. Masticaba sin cesar, mientras el resto de los presentes trataba de hacerlo con el menor ruido posible.

El que peor librado salía de estas comidas era el pobre Flask. Primero se servía el capitán, naturalmente; luego Starbuck, y después Stubb, de manera que cuando le llegaba el turno al citado Flask, apenas quedaba algo sustancioso en la bandeja.

El nunca había probado la mantequilla, pues no llegaba a su turno manjar tan delicioso.

Por todo esto, el tercer oficial confesaba sinceramente que desde que había ascendido pasaba un hambre atroz, y por si esto fuera poco, si cualquier marino tenía algún resentimiento contra él, lo único que tenía que hacer era asomarse al ojo de buey desde donde se divisaba el camarote del capitán, y verle allí, sumiso y con más hambre que el perro de un ciego a la hora de la comida.

Terminada la comida del capitán llegaba el turno a los arponeros, y ése sí que era un espectáculo digno de ver. Estos sí que comían como reyes. Daba miedo ver tragar a Queequeg o a Tashtego.

Entre todos tenían a Buñuelo muy ocupado.

Casi siempre los arponeros gritaban diciendo que la comida era poca, y Buñuelo no tenía más remedio que añadir a sus repletos platos un buen trozo de carne seca.

Era curioso observar que el negro Daggoo, a pesar de su corpulencia, era el que menos comía de los tres, ya que venía a comer más o menos como yo.

Queequeg y Tashtego se disputaban en las comidas los mejores trozos, y masticaban haciendo mucho ruido, lo que provocaba el desagrado de Buñuelo.

¡Pobre hombre! Es una desgracia ser cocinero de dos salvajes; menos mal que sólo tenía que soportarles a las horas de las comidas.

Los arponeros, como el resto de la tripulación, acostumbraban a pasar las horas del día en cubierta, por* lo que los camarotes se hallaban en silencio, sobre todo el del capitán, que vivía en el barco como un oso solitario, seguramente herido el corazón por alguna inexplicable tragedia.

La primera vez que me tocó en turno montar guardia en la cofa hacía un tiempo maravilloso.

Desde que se sale del puerto hasta el momento del retorno siempre hay montada la guardia en la cofa, para avistar la posible pesca.

Este tipo de vigilancia es uno de los más interesantes. Imaginad que durante dos horas que dura la guardia tenéis que estar de pie sobre las tablas de cubierta, mirando al mar, el sol, el cielo...

Para una persona dada a la meditación, este es -el mejor servicio. Bajo vuestros pies se ve brillar de vez en cuando una aleta de tiburón.

Hasta este lugar no llegan los periódicos con sus noticias vagas y malsanas, ni los malentendidos de las gentes, ni las preocupaciones de la tierra; ante vosotros se extiende el Océano y el cielo..., nada más.

Mientras montaba la . guardia me preguntaba intrigado por qué un ballenero, en los que uno pasa dos o tres años como mínimo, resulta tan incómodo.

- En la cofa no hay cama, ni litera, ni banco siquiera. Uno tiene que sostenerse en los altos del mastelero del juanete y mantenerse en equilibrio sobre dos palos cruzados.

Para un novato, la impresión es de que se encuentra montado sobre un búfalo salvaje; aunque luego se acostumbra, lo peor es el frío, porque allí arriba no valen abrigo, sobre todo si hay temporal.

En cuanto a mí, acostumbraba a encaramarme despacio, deteniéndome a mitad de camino para charlar con Queequeg o con cualquier otro que estuviese haciendo algo en la jarcia; luego seguía mi ascensión y por fin llegaba a la cofa, y allí me instalaba lo más cómodamente posible.

Pero hay que reconocer que yo era muy malo como vigía; ¿cómo podía ser bueno, con lo dado que soy al recuerdo y a la nostalgia?

En esos momentos dejaba volar mi imaginación, la cual estaba tan lejos de la cofa y del Pequod, que al fin todos se dieron cuenta y me llamaban el eterno despistado. Esto era no tener muy buena fama, y menos con un capitán como Achab.

Una mañana, después del almuerzo, el capitán salió a dar una vuelta por cubierta; todos los capitanes tienen esta costumbre, así toman el sol y ven como trabajan sus marineros.

Se oía su paso irregular y el golpe rítmico de su pierna de hueso; era evidente que dentro de aquel hombre bullían terribles ideas.

Stubb se acercó a Flask para hablarle:

-Oye, Flask, parece que el capitán pronto va a soltar lo que Lleva dentro...

Pasaron unas horas, el capitán se mostraba muy inquieto y paseaba por cubierta con nerviosismo.

Al fin, fijó su pata en el agujero, al lado del puente, y ordenó a Stubb que toda la tripulación se dispusiera en cubierta.

-Pero, señor...

-¡He dicho que todo el mundo! ¡Incluso los vigías!

Los tripulantes se inquietaron al ver el rostro de su capitán, y al oír tan insólita orden.

Este habló a sus hombres de esta manera:

-¿Qué hacéis vosotros al ver a una ballena?

-Damos la voz de alarma, señor.

-¿Y luego?

-Botamos los botes y vamos a por ella.

-¿Para qué?

-Para que reviente.

El capitán parecía estar muy satisfecho con las respuestas de su gente; pero nadie sabía a dónde quería ir a parar con aquella serie de preguntas sin sentido.

Achab se adelantó un poco para estar más cerca de sus hombres, y sacó una moneda de su bolsillo.

-Escuchadme. ¿Véis esta moneda de oro? Es española y vale dieciséis dólares. ¿Me habéis oído? ¡Dieciséis dólares! Pues será para aquel de vosotros que descubra a una ballena blanca, de frente arrugada y boca torcida, que tiene tres agujeros en cola. Quien descubra a este monstruo se llevará él sólo la onza de oro.

-¡Viva el capitán Achab! -gritó la tripulación ante la idea de conseguir dicha moneda.

-He dicho una ballena blanca; hay que vigilar mucho, de día y de noche, para encontrarla.

Los tres arponeros estaban silenciosos, como buscando algo entre sus recuerdos.

Al fin, Tashtego dijo:

-Señor, ¿no será por casualidad la ballena conocida por Moby Dick?

-¿Cómo, Tashtego! ¿Has oído hablar de ella?

Los tres arponeros asintieron.

-¿Mueve su cola de un modo raro antes de hundirse? -preguntó el indio.

-¿Y no tiene un extraño surtidor muy rápido? -dijo Daggo.

-Y, además, ¿no tiene numerosos arpones clavados en su piel? -inquirió a su vez Queequeg.

-Sí, amigos. Veo que conocéis a esta endiablada ballena. Tiene los arpones clavados y retorcidos, su surtidor es enorme y su cola se agita de una forma especial.

-Oiga, capitán, yo también he oído hablar de Moby Dick. ¿No es la ballena que se llevó su pierna, señor? -preguntó Starbuck.

-Sí, ¿cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? - y el capitán iba animándose por momentos al hablar-. Sí, muchachos, esta fue la ballena que se llevó mi pierna dejándome inválido para el resto de mis días; pero no voy a descansar hasta vengarme de ella. La perseguiré hasta el cabo de Hornos, más allá del de Buena Esperanza, y cruzaré todos los mares en su busca. ¡Hijos míos! ¿Me habéis oído bien? No cejaré hasta que la deje de panza arriba. ¿Os conviene el trato? Siempre dije que teníais cara de valientes.

-Sí, capitán. ¡Hurra! ¡Estamos conformes! ¡Muerte a Moby Dick!

Achab estaba que no cabía en sí de gozo al ver el entusiasmo y adhesión de sus hombres.

-¡Gracias, hijos míos! ¡Que Dios os bendiga! A ver, Buñuelo, da una ración de ron a todos.

-Capitán -dijo Starbuck-, yo estoy en este barco para cazar ballenas, no para cumplir una venganza.

-¿Qué ocurre? ¿Acaso tiene usted miedo?

-Yo no tengo miedo ni nunca lo he tenido. Sólo digo que los armadores de Nantucket no estarán muy contentos al ver que regresamos sin ballenas.

-¡Bah! No se preocupe por eso. No todo se compra con dinero en este sucio mundo. Aunque en Nantucket no consiga mi venganza un elevado precio, yo sí lo conseguiré.

-Siento decirle, capitán, que no estoy de acuerdo con usted. Vengarse de esta forma de un animal que obra así por instinto, que le atacó a usted porque él se vio asimismo atacado, apenas tiene sentido, y...

Pero el capitán Achab no escuchaba ya las palabras de su primer oficial y bebía ron junto con los marineros. Luego les hizo colocarse en fila.

-Muchachos, os he reunido aquí para llevar a cabo una antigua ceremonia. Arponeros, coged vuestros arpones, ¡oficiales, empuñad las lanzas!; cruzadlas delante de mí y dejad que toque el centro.

Y al decir esto alargó el brazo para tocar el centro de las tres lanzas entrecruzadas, que brillaban al sol de la mañana.

El capitán miró fijamente a los ojos de sus tres oficiales, y vio el disgusto en sus ojos.

-¡Bajad los hierros, estúpidos! Ya veo que os repugna la idea de ir en busca de Moby Dick. ¿Qué os parece si os nombro coperos de mis tres arponeros? A ver, sujetad las lanzas al revés, para que yo pueda verter el ron en sus copas. ¡Venga, rápido! ¿Qué os parece, arponeros? ¡Bebed de las manos de vuestros oficiales! ¡Vamos! ¡Jurad todos conmigo! ¡Guerra a Moby Dick! ¡Que Dios nos extermine si no acabamos con ella!

La tripulación se entusiasmaba jurando matar a la ballena blanca. Entre tanto, Starbuck, muy preocupado, veía cómo los marineros se unían al entusiasmo del capitán, que, seguidamente, se marchó hacia su camarote.

IX

Sí, amigos; yo, Ismael, fui también uno de los que gritó y juró guerra a muerte a la ballena blanca. Y quizás fui uno de los que más fuerte gritó y juró, porque tenía miedo, y de algún modo tenía que ahogarlo.

Avidamente escuchaba las fantásticas historias que los marineros contaban acerca de Moby Dick. ¿Dónde terminaba la realidad y comenzaba la fantasía? Nadie podría decirlo.

Pero lo cierto es que antes de partir de Nantucket, el capitán se había informado de que la ballena blanca había sido vista últimamente en aquellos mares que surcábamos,

Hay que tener en cuenta, no obstante, que los viajes de los balleneros duran varios años, por lo que no era raro que la ballena hubiese emigrado ya hacia otros mares.

Algunos barcos habían llegado a puerto con la noticia de que una terrible ballena monstruosa les había atacado, dejando horrorizados a los arponeros y a la tripulación; así fueron tejiéndose historias y leyendas en torno a la ballena.

En cambio, no eran pocos los marineros que nunca habían oído hablar de ella.

Pero, al margen de estas historias y leyendas, había otros que no creían que Moby Dick existiera realmente, sino que se trataba de un mito.

En cambio, se contaba que el capitán de un ballenero, después de haber pretendido la caza de la ballena blanca, resultando ésta desafortunada, al llegar a tierra prometió no pisar jamás un barco.

Desde el momento de la famosa arenga del capitán Achab, todo en la nave eran historias

acerca del monstruo.

Yo estaba muy asustado. ¡Buen comienzo el mío! Según comprendí, cada vez que la ballena pasaba al lado de un barco, todo se convertía en desolación y lágrimas.

Mas los hombres que suben a un ballenero no tienen miedo. Son valientes y no temen a nada; pero quizás por eso son muy dados a las supersticiones.

Poco a poco, en aguas remotas y lejanas de tierra, dan rienda suelta a su imaginación y se abandonan en imágenes fantásticas de un mundo irreal que, aunque sólo existe en sus mentes, acaban por creer perfectamente real.

Había viejos marineros que contaban la pesca dificultosa y Llena de peligros del cachalote, y los más valientes decían que preferirían cazar a los cachalotes antes de ir en busca de una ballena fantasma.

Incluso corrió la voz de que la ballena había sido perseguida al mismo tiempo en dos puntos opuestos del globo, lo que contribuyó a atribuirle al animal el don de la ubicuidad.

No os podéis imaginar lo rápido que corrían las historias y cómo aumentaban de volumen cada vez que eran contadas. La superstición estaba alcanzando límites insospechados.

El lector podrá hacerse una idea acerca del clima de angustia, pánico y aprensión que flotaba sobre nosotros. Los arponeros estaban convencidos que la ballena era inmortal y, como tal, por muchos arpones que se le clavarán, jamás moriría.

Pero, al margen de las supersticiones, había cosas reales que podían creerse acerca de la ballena.

Por ejemplo, sus grandes dimensiones, su mandíbula torcida, su frente arrugada y una blancura de su piel, sin olvidar una especie de joroba sobre su lomo.

Los tres arponeros aseguraban haberla visto. Era muy Blanca, pero lo más terrible era su maldad. Aseguraban que, de pronto, parecía que huía, y cuando los botes se hallaban descuidados, volvía sobre ellos para atacarles con más fuerza.

Todas las catástrofes que había provocado la ballena eran harto conocidas por la mayoría de los tripulantes. Yo, a pesar de haber navegado durante largo tiempo, nunca había oído hablar de ella. Pero era lógico, ya que era la primera vez que me embarcaba en un ballenero.

Queequeg me contó que un valiente capitán se había lanzado en una ocasión, con sólo un cuchillo, contra Moby Dick.

A mí me sorprendió el relato y mucho más cuando me contó que se trataba del capitán Achab, quien, armado con el cuchillo, se lanzó sobre la ballena, acribillándola sin conseguir nada.

Fue en esta ocasión cuando perdió la pierna, al quedarse metida dentro de la torcida boca del animal.

Sus hombres no pudieron hacer nada, ya que los tres botes estaban hundidos y muchos perecieron en esta ocasión.

Entonces comprendí que, en Moby Dick, Achab veía la destrucción, el mal del mundo; veíase precisado, pues, a combatirlo con todas sus fuerzas, con toda su alma, hasta el fin.

Y aunque le faltase una pierna tenía un corazón dispuesto para el odio, ese odio que embarga las entrañas y que a veces hace desear hasta la misma muerte.

Contaban que durante la travesía de regreso, después de que el animal le arrancase la pierna, el capitán había padecido una crisis de locura, hasta el punto que sus oficiales tuvieron que atarlo a la cama.

Pero esto no fue lo peor, sino que lo verdaderamente terrible acaeció cuando se encontró tierra adentro, obligado a guardar semanas y hasta meses de cama, agobiado por la locura que turbaba su razón y por el inmenso odio hacia Moby Dick.

Y cuando al fin consiguió el mando de un nuevo buque, he aquí lo que hacía: lo ponía en disposición de perseguir hasta el fin del mundo, si era preciso, a la peligrosa ballena, que no lo era más que el temible capitán Achab.

Aunque su aspecto físico era bueno y parecía un hombre sereno y normal, en su interior estaba la obsesión turbulenta, la idea fija cercana a la locura.

El capitán Achab se conocía bien y sabía que estaba loco, pero supo disimular perfectamente, hasta el punto que nadie advirtió en él más que una profunda tristeza por haber perdido su pierna.

A veces creo que los armadores de Nantucket habían advertido perfectamente la locura de Achab, pero sin duda pensaron que un hombre lleno de odio sería mejor ballenero que antes, y por eso le confiaron el navío.

La profesión de ballenero requiere una valentía casi inconsciente. ¿No sería, pues, Achab el violento hombre capaz de destruir miles de ballenas en venganza? ¡De esta forma, los armadores verían llenar sus arcas de oro!

Pero si estos hubieran siquiera sospechado que Achab se hacía a la mar sólo para satisfacer su venganza, a buen seguro no le habrían encomendado la capitania del barco.

Los armadores querían miles de barriles de aceite y grasa para aumentar sus fortunas.

Aquí estoy, pues, yo. En un barco gobernado por un loco, con unos oficiales oscuros y resignados, y con marineros procedentes de todas las partes del mundo; contando por supuesto a los arponeros medio salvajes.

¿Qué suerte me reservaba el Destino?

Achab, con su obsesión, había conseguido contagiar a la tripulación, de modo que cada marinero deseaba encontrar la ballena blanca para destrozarla y cumplir la venganza del capitán.

Pero, ¿por qué? ¿Qué clase de hechizo había conjurado el capitán para que todos le siguieran a ciegas?

A pesar de darme cuenta de todo eso, yo me dejaba llevar por el clima ambiental, que me llenaba de terror.

He hablado hasta ahora de lo que la ballena blanca suponía para el capitán Achab, pero no he dicho todavía qué era para mí dicho animal.

Recuerdo que lo que más me impresionó acerca de la ballena fue su blancura, aunque no sabría decir el por qué. Aunque por lo general el color blanco es símbolo de lo puro y hermoso, para mí representaba un recuerdo ligado a cosas desagradables y terribles.

El fantasma blanco que corría por los mares del Sur había recibido el nombre de Borrás Blanco; la palidez extrema de los cadáveres siempre me ha impresionado, así como el sudario blanco que los envuelve. Y cuento también a los blancos fantasmas que a veces enturbian nuestra mente.

También recordaba el mar Blanco como algo frío y terriblemente árido, en contraste con el agradable mar Amarillo, hermoso por sus crepúsculos y por las benéficas mareas.

Por estas y otras cosas, dentro de mí empezaba a nacer la idea de que Moáy Dick era algo terrible, Lleno de presagios siniestros.

Ya comprendéis el clima que reinaba en el barco durante los días que siguieron a la arenga del capitán...

X

Era medianoche, y durante el transcurso de la guardia, uno de los marineros llamado Archie se aproximó a un compañero que estaba a su lado trabajando sin hacer el menor ruido. -¡Oye, Cabaco! ¿No oyes un ruido? -¿Qué dices, Archie? ¿Estás loco? Anda, pásame el cubo. -Espera. ¡Escucha, hombre! Ahí, bajo la escotilla. -¿Pero qué quieres decir? Vamos, dame el cubo y deja de contarme cuentos. -Escucha, ¿no oyes como una tos? ¿Estás sordo?

-Deja de delirar, amigo.

-Tú podrás creer lo que quieras, pero a Dios gracias tengo un oído excelente y yo he oído como una tos en el sollado de popa. Y no soy yo sólo, ¿entiendes? El otro día oí cómo Stubb le decía a Flask que sospechaba que el capitán guardaba algo o alguien en el sollado.

-¡Chitón! Dame ese cubo.

Después de la arenga que el capitán dirigió a sus tripulantes, se dirigió a su camarote y de un armario sacó un enorme mapa señalado con múltiples líneas.

Mientras examinaba las cartas marinas, hojeaba de vez en cuando unos diarios de a bordo viejos y apolillados que mantenía a su derecha, indicando los lugares donde se habían visto cachalotes en fechas determinadas.

Entretanto, dibujaba nuevas líneas en la carta, acto que repitió durante los días siguientes, borrando unas y trazando otras nuevas.

Y ante cuatro mapas de los mares del mundo, el capitán Achab, como un alucinado, miraba las líneas tratando de llevar a término su idea obsesiva.

Es de suma importancia conocer las corrientes marítimas para llevar a cabo la pesca de cachalotes, y así, Achab, podía calcular dónde llevaría la corriente a dichos animales y hacia dónde iban sus pastos.

Los cachalotes, cuando se trasladan de unos pastos a otros, lo hacen guiándose por una intuición innata que no les hace equivocarse nunca, y siguen rutas marcadas, con una perfección que ningún navío sería capaz de conseguir.

Pero nunca se puede precisar que los cachalotes vayan por el mismo camino una vez y otra, sino que varían, de manera que aunque años antes hubieran visto a Moby Dick emigrar siguiendo determinada corriente, nadie podía asegurar que el presente año hiciera lo mismo.

El ballenero Pequod había zarpado al principio de la temporada, por lo que cómodamente y sin peligro de tempestades podría cruzar el cabo de Hornos y llegar hasta el Pacífico.

Después de estudiar durante varios días, concienzudamente, las cartas de navegación, el capitán se levantó de su silla y exclamó: «¡Por fin! Ya sé donde estará la maldita ballena! ¿Escapará de nuevo esta vez? ¡No, no lo creo! Tiene las aletas agujereadas.»

Dormía inquieto y más de una vez le vio Buñuelo por la mañana con las manos ensangrentadas por haber pasado la noche clavándose las uñas en la carne.

A veces se veía preso de horribles pesadillas y entonces salía aullando de su camarote: pero no por eso cejaba en su temeraria empresa, sino que día a día forjaba planes para la captura de Moby Dick.

¡Pobre hombre! Medio loco, como un fantasma, se le veía pasear en cubierta por las noches, huyendo de sus sueños de pesadillas.

Antes de seguir adelante debo contaros algo acerca de las ballenas. Hay veces en que una ballena puede escapar después de habersele clavado un arpón.

Me lo contó un viejo marino. Este había atacado en cierta ocasión a una ballena, que logró escapar a pesar de los esfuerzos que hicieron los marineros para recuperarla.

Le habían clavado un arpón y, años más tarde, el mismo marino se encontró de nuevo con el cetáceo, que presentaba un lunar bajo el ojo, señal del arpón que le habían clavado.

Conozco otro caso parecido en el que la ballena vivió durante tres años con un arpón clavado, hasta que fue descubierta y muerta al fin.

Y sé de otro caso parecido.

En cuanto a la ballena blanca se refiere, puedo decir que, aunque se trate de un monstruo enorme, tierra adentro siempre se exagera.

La caza de una ballena es peligrosa y, a veces, mueren hombres intentando su captura; pero estas noticias apenas llegan al mundo occidental, ya que la noticia de la muerte de un pobre marinero en mares del Pacífico no tiene importancia ante otras cosas ocurridas en tierra.

Pero también es verdad que, para la mayoría de los hombres, la ballena es una bestia feroz, enorme y malvada; lo cierto es que hay algunas que son capaces de hundir un barco, y otras son tan estúpidas que se dejan cazar con la mayor facilidad.

XI

Mientras el capitán consumía su mente en el fuego devorador del odio, tramaba también un plan para adueñarse por completo del espíritu de todos los habitantes del barco.

Ante todo, Achab necesitaba instrumentos para, llegado el momento, poder apoderarse de la ballena blanca.

De momento contaba con toda la tripulación, pero bien sabía que los oficiales, y sobre todo Starbuck, se hallaban muy lejos de secundarle en sus proyectos de muerte.

Aunque aún seguía en el mando que el había sido encomendado, poseyendo también una fuerte superioridad física enfrente de Starbuck, el capitán no ignoraba que llegado el momento, su primer oficial le superaría en inteligencia. Sabía que Starbuck se revelaba contra aquella búsqueda ciega de la ballena blanca, y sabía también que dentro de poco la divisarían desde la cofa.

Pero antes de que ocurriera esto, pudiera ser que el primer oficial se sublevara abiertamente contra el capitán.

Por lo tanto, decidió quitar a la persecución su carácter de implacable. También sabía por experiencia que marineros valientes no resistían durante mucho tiempo la pasividad, y habría que darles nuevos motivos para desarrollar sus instintos balleneros.

Aunque todos los tripulantes acogieron la idea de Achab con entusiasmo, cierto es que la gente de mar es voluble y que, aunque se les presente un proyecto muy halagüeño, si éste está lejano, pueden cambiar de opinión como la veleta.

Por otra parte, se daba cuenta que al haber descubierto sus intereses particulares en el viaje del Pequod se había hecho reo de usurpación, y que la tripulación, si por ahí les daba, estaba en el derecho de destituirle, nombrando capitán al primer oficial.

Si pasaba largo tiempo antes de encontrar a la ballena Blanca, pudiera ser que los marineros se amotinassen y que le echasen al agua, hartos de sus cuentos y venganzas; pero esto sabría evitarlo Achab con sus ideas de loco.

Por todas estas razones, el capitán decidió mostrarse amable y hasta condescendiente con sus marineros. Se le veía siempre en cubierta interesándose por los pequeños trabajos cotidianos, y recomendando a los vigías ojo avizor, para señalar siempre cualquier espuma que se viese reflejada en el mar, aunque fuera producida por una sardina.

Y esta vigilancia no tardó mucho tiempo en verse recompensada.

Era una tarde cálida y borrascosa. Yo me hallaba con Ouequeg reparando una especie de alfombra de lana para nuestra lancha y ninguno de los dos levantábamos la vista, tan

entretenidos y plácidos nos sentíamos con aquel trabajo. No obstante, algo raro flotaba en el ambiente; algo que presagiaba un acontecimiento imprevisto.

Aquella atmósfera de calma y pasividad, en vez de resultarnos apacible y tranquilizadora para nuestros espíritus, nos envolvía en su pesadez.

Por un momento creí que el Universo entero había sucumbido y que sólo quedábamos nosotros flotando en la inmensidad del mar.

De pronto se oyó un grito extraño que sobrecogió mi corazón. Solté las cuerdas que tenía en mi mano y pregunté:

-¿De dónde ha venido este sonido?

Era Tashtego, que gritaba como un demonio:

-¡Ballena a la vista! ¡Una verdadera manada! ¡Allí están, mirad! ¡A sotavento!

El resultado que produjeron tales palabras en el barco es indescriptible. El cachalote se conoce porque lanza el surtidor de una forma precisa.

-¡Apresurad diablos! ¡Ya no se ven las ballenas!

El capitán subió inmediatamente a bordo y consultó el cronómetro. Cómo, según había dicho Tashtego, las ballenas habían desaparecido, todos esperábamos verlas aparecer por proa de un momento a otro.

Los cachalotes nadan largo rato bajo el agua para atacar a traición, pero lo más probable es que las ballenas no nos hubieran visto todavía.

Toda la tripulación se hallaba en sus puestos, con los arpones preparados y los botes a punto para ser lanzados al agua.

Pero, de pronto, se oyó un grito del capitán Achab, que resonó en todo el barco; Achab apareció en lo alto del puente rodeado por cinco seres fantasmales salidos Dios sabe de donde.

XII

Los fantasmas se movían rápidamente por cubierta preparando un bote que se consideraba de repuesto y que normalmente se le conocía como el bote del capitán.

El que parecía dirigir a los otros tenía un rostro muy moreno y mandaba las operaciones para bajar el bote al agua. Vestía una túnica oriental. Los demás eran más amarillentos y tenían el tinte propio de los nativos de Filipinas.

Mientras la estupefacta tripulación del Pequod miraba los preparativos de aquellos hombres, el capitán preguntó al que les dirigía:

-¿Está todo listo, Fedalah?

-Sí, capitán.

-Entonces, ¡bote al agua!

La voz del capitán estaba tan llena de poder que, a pesar de la sorpresa, todos los tripulantes se lanzaron a sus puestos y las tres pequeñas embarcaciones balleneras llegaron al agua.

La cuarta barca bajó un poco más tarde. En ella iban los cinco hombres amarillos y el mismísimo capitán Achab, erguido en proa. Este gritaba a sus tres pilotos, Starbuck, Stubb y Flask, que se separasen lo más posible para cubrir más área.

El primero de ellos intentó poner objeciones, pero el capitán le replicó duramente:

-¡He dicho que os separéis más! ¡Bogad aprisa, hijos míos! ¿Qué miráis con esos ojos? ¿Qué os extraña? Estos hombres son marinos como vosotros y van a ayudarnos. ¡Qué importa de donde hayan salido! Cuantos más seamos, mejor...

Los hombres se sentían arrastrados por sus palabras, y remaban sin descanso.

-¡Bien, muchachos! ¡Así me gusta! ¡Remad con fuerza! ¿Pero qué os pasa hoy, dormilones? ¡Bogad hasta tocar con la frente del fondo del bote! Bien, así me gusta. Y, ahora, ¡sacad vuestros puñales para que yo los vea brillar entre los dientes!

Así era el capitán Achab; acostumbraba a dirigir arengas semejantes en tales momentos de peligro, y esto, en parte, desconcertaba a sus hombres, exceptuando a los que ya le conocían. Acostumbraba a llamar a sus marinos las cosas más vergonzosas y humillantes, para luego recompensarles con palabras cariñosas.

De pronto, la embarcación de Stubb hizo ademán de acercarse a la dirigida por Starbuck.

-¡Eh, señor Starbuck! ¿Qué me dice de esos diablos amarillos?

-¡Yo no sé como los metieron a bordo, Stubb! ¡Más de prisa, muchachos! ¡Más de prisa! Ya veremos qué sale de todo este lío. Bueno, pensemos que estamos ante miles de barriles de aceite y, ante esto, lo demás importa menos. ¡Vamos, más de prisa!

Stubb calló y seguía dirigiendo su bote; pero en su interior recordaba algunas escenas que le hicieron comprender las extrañas actitudes del capitán: «Que me aspen si tras de todo esto no anda Moby Dick.»

Lo cierto es que casi toda la tripulación tenía conocimiento de que el capitán tenía a alguien escondido en el sollado; y las supersticiones y chismes corrieron de boca en boca.

De manera que al aparecer aquellos cinco amarillos en el puente, momentos antes de la pesca, la gente sentíase con el alma en vello, no sabiendo exactamente si tenía que colaborar con hombres o con demonios.

Cada uno por su parte y como pudieron, los tres oficiales trataban de calmar a sus hombres y de infundirles ánimos ante la próxima pelea.

Yo, personalmente, recordé entonces las extrañas sombras que vi correr hacia el Pequod el día de su partida cuando Queequeg y yo llegábamos al barco, y la desaparición de éstas una vez en cubierta.

Achab, lejos de sus oficiales, dirigía con eficacia a aquellos amarillos, que parecían estar hechos de acero. Remaban rítmicamente y con fuerza, de forma que su bote avanzaba como un rayo.

El llamado Fedalah había cogido el remo de arponero y aparecía desnudo de medio cuerpo, dispuesto a la lucha.

De pronto, el capitán levantó el brazo indicando que todos se pararan. Su lancha dejó de mover los remos y los demás hicieron lo mismo.

Había llegado el momento de los arponeros.

Como estaba todo envuelto por la niebla, se divisaba vagamente la superficie del mar, y los pilotos de las embarcaciones se subieron al palo para ver mejor.

Las ballenas habían desaparecido, probablemente se sumergieron por miedo; pero Stubb decidió fumar una buena pipa en tal ocasión, mientras la pesca no se dignase salir a la superficie.

Pero de pronto, Tashtego gritó:

-¡Ahí están! ¡A remar!

Las ballenas nadaban entre dos aguas y los ruidos de sus surtidores anunciaban su próxima salida.

Yo era un novato en la pesca de ballenas y estaba un tanto asustado y, al mismo tiempo, cautivado por aquellos expertos.

Los cuatro botes comenzaron entonces la persecución.

Starbuck era mó dico en sus gritos a su gente; en cambio, Flask gritaba y gesticulaba como un loco; levantaba su gorra al aire y cantaba canciones extrañas.

En cuanto a las imprecaciones que el capitán decía a sus amarillos, es mejor omitirlas, pues se trata de un lenguaje sólo apto para tiburones.

Mientras los botes remaban ávidamente, las espumas de los cachalotes estaban cada vez más cercanas y se volvían peligrosas; los cuatro botes en la inmensidad del mar producían un espectáculo maravilloso.

De pronto nos vimos en la cresta de una ola, y yo sentí

pavor al pensar que, al bajar, quizás nos aguardara la boca abierta de una ballena.

A todo esto seguían las imprecaciones del capitán y las voces de los pilotos de los botes. Era muy emocionante y valía la pena ser vivido.

Poco después nos vimos cercados por una espesa niebla que no nos dejaba ver ni lo que teníamos cercano.

Pero Starbuck dijo:

-¡Apresuraos, muchachos! ¡Aún podremos pescar uno de esos bichos antes de que llegue la tormenta! ¡En pie, Queequeg!

Todos comprendimos que había llegado el momento decisivo. A nuestro lado chapoteaba un animal inhumano, que no podíamos ver, pero que sentíamos moverse y respirar.

Queequeg se puso en pie y dispuso su arpón. Lo lanzó con fuerza y sentimos un coletazo que tumbó el bote, lanzándonos a todos al agua. A pesar de que la ballenera estaba completamente anegada, pudimos comprobar que no había sufrido avería, por lo que recogimos los remos y nos dispusimos a subir a ella de nuevo.

Comenzó a aullar el viento y la tormenta vino de pronto. No se veía ya el Pequod, y después de largos esfuerzos pudimos encender el farol de mecha. Starbuck se lo dio a Queequeg para que lo mantuviera en alto, pero de nada sirvió.

No podría decir cuántas horas transcurrieron; lo cierto es que la tormenta continuaba y que no se veían señales del Pequod.

Estábamos angustiados, cuando se oyó un ruido que se acercaba; Starbuck dio la señal de alarma. ¡Era el Pequod que se nos echaba encima!

Aterrados, nos echamos al agua y tuvimos tiempo de ver cómo la pequeña ballenera era hecha astillas y desaparecía bajo el casco del navío.

Gritamos y fuimos recogidos inmediatamente. El resto de los botes habían abandonado la pesca antes de que la borrasca se les echase encima.

Esta primera experiencia fue muy importante para mí. Había estado cerca de una ballena y navegado a la deriva durante varias horas.

Por suerte, el capitán Achab había ordenado navegar por aquella zona hasta descubrir algún indicio de nuestro naufragio.

Yo estaba tan preocupado con mis nuevas experiencias que fui a preguntarle a Stubb:

-Señor, he oído decirle en alguna ocasión que consideraba a míster Starbuck como un marinero prudente y responsable. ¿Cómo es, pues, posible que se haya lanzado en medio de una tormenta sobre un monstruo herido?

-Amigo, yo mismo en una ocasión hice lo mismo, ¡y con el bote haciendo agua por todas partes!

-Pero usted tiene experiencia en esas cosas y yo no tengo. ¿Cómo? ¿Acaso es normal que un marino se rompa la crisma persiguiendo a una ballena y lanzándose sobre sus mismísimas fauces?

-¡Claro, amigo! Los balleneros están para eso: para lanzarse sobre la ballena en el momento en que su piloto lo ordene.

. Entonces comprendí la verdadera vida del pescador de ballenas y resolví en aquel momento bajar al sollado y redactar mi testamento.

Después de haber nombrado heredero universal a Oueequeg me sentí más tranquilo para enfrentarme de nuevo con uno de aquellos soberbios animales.

XIII

Después del incidente, Flask y Stubb discutían:

-¡A mí nadie me obligaría a montar en una lancha para pescar una ballena teniendo, como el capitán, una pata de palo!

-Desde luego, se puede considerar valiente al capitán; ha realizado un acto de verdadero valor.

-Bueno, bien mirado, si tuviera la pierna arrancada de cuajo sería otra cosa; pero el capitán tiene la rodilla.

-No sé, nunca me he fijado bien en ella.

Mucho se había discutido siempre entre la profesión marinera el que un capitán abandonase su barco para incluirse entre sus hombres que viajan en las balleneras.

Por una parte, Achab sabía que los armadores de Nantucket no objetarían que él formase parte de la expedición en casos fáciles; pero que sí lo harían si supieran que se había embarcado entre una manada de ballenas y en un bote guiado por cinco personas ajenas a la tripulación del Pequod.

Por eso había tenido tanto interés en mantener oculta aquella tripulación clandestina.

En cuanto a los amarillos, poco a poco fueron absorbidos por la tripulación del barco.

Conocido es que a los balleneros acuden seres de todas las partes del mundo, los más estafalarios y raros, hasta el punto de que el mismo diablo pasaría desapercibido.

Así, fueron considerados pronto como compañeros; solamente Fedalah, sobre quien el capitán parecía tener una influencia decisiva, era un misterio y lo seguiría siendo hasta el final.

Fedalah era uno de esos hombres que los hombres civilizados no ven más que en sueños a irrealidades. Era un tipo primitivo, celoso guardián de las costumbres de sus antecesores.

Pasaron días y semanas, y el Pequod había cruzado ya por cuatro zonas de pesca sin haber conseguido nada.

Fedalah fue el primero en verlo y dio un grito que a todos nos pareció el anuncio del juicio final.

-¡Ahí está!

Pero observé que nadie tenía miedo, sino que todos se sentían felices al tener ante sí un monstruo al que enfrentarse.

Estábamos preparando los botes para arriarlos; Achab, que andaba por cubierta, mandó izar las velas del juanete y del sobre juanete; el mejor de los timoneles cogió el timón del Pequod y nos acercamos cautelosamente hacia donde se había visto surgir la espuma.

Era una noche serena, el viento hinchaba las velas y, a pesar de la rapidez con que navegábamos, no volvimos a ver el surtidor.

Se creería que todo había sido un sueño.

A la mañana siguiente, más o menos a la misma hora, el vigía anunció de nuevo el surtidor; pero cuando nos dispusimos a seguirle ya había desaparecido, y cada día a la misma

hora ocurría lo mismo.

Se diría que el misterioso animal navegaba ante nosotros, precediéndonos y marcando inexorable el camino de nuestra perdición.

Y, como era de esperar, pronto surgieron leyendas y supersticiones en boca de los marinos más viejos.

Decían que aquel surtidor inalcanzable no era otro que el de la ballena blanca, de Moby Dick.

Una noche, Archie llevaba la conversación:

-¿No os habéis dado cuenta? Quiere que la sigamos para atacarnos cuando más descuidados nos encontremos.

-Sí, es cierto. ¡Esta es la táctica de la ballena asesina!

Y la calma del mar y del viento contribuía a crear un clima extraño que a todos angustiaba.

Pero, al fin, el Pequod dobló hacia el Este y a partir de entonces soplaron nuevos-vientos para nosotros.

XIV

A cada lado del barco volaban últimamente los negros cuervos marinos. Triste y descorazonador presagio el que aquellos animales nos traían.

El mar llamado del Cabo de Buena Esperanza es triste y desolador, y mejor merecería llamarse de las Tormentas o de las Desgracias, pues numerosos navíos se han hundido en aquel lugar debido a las numerosas borrascas que se desencadenan.

Pero el solitario surtidor seguía apareciendo todas las noches, ejerciendo una especie de hechizo sobre el Pequod y toda su tripulación.

El capitán Achab dirigía cualquier maniobra, sin apenas dirigir la palabra a sus oficiales. Era lo único que podíamos hacer ante semejante situación: abandonarnos en manos de aquel loco o sucumbir.

Achab y sus hombres se volvieron fatalistas, y mientras el capitán permanecía en el puente con su pata puesta en el agujero y agarrado a la baranda, mirando obstinadamente el infinito, los demás tratábamos de soportar lo mejor posible tal situación, en espera de tiempos mejores.

Nos atábamos a los palos por las noches para no ser arrastrados por las olas de aquel infernal mar; y sólo se oía silencio a bordo.

Nadie cantaba, ni bromeaba, ni hablaba, ni lloraba. Todo era silencio.

El capitán era el que más resistencia tenía. Una noche bajó Starbuck a consultarle unas cosas, y le vio sentado rígido en su camarote, todavía goteando su cabello.

-Este hombre es terrible -se dijo.

Un día que estaba yo de vigía en la cofa, vi acercarse un velero que se llamaba Albatros.

Para mí resultó una novedad encontrar en el mar otro ballenero que iba a cruzarse con nosotros. Era un espectáculo pintoresco.

Pasamos tan cerca el uno del otro que hubiésemos podido saltar a su interior de haberlo deseado, a igual los tripulantes del Albatros.

Estos llevaban barbas de muchos meses; y el barco necesitaba una urgente reparación.

El capitán cogió el megáfono y gritó:

-¡Ah del barco! ¿Habéis visto la ballena blanca?

En el momento en que el otro capitán se ponía el megáfono en la boca a iba a contestar, éste se le cayó de las manos al mar, y como el viento soplaba contrario, no pudo hacerse oír a pesar de los esfuerzos que hizo.

El capitán Achab cogió de nuevo el megáfono y gritó:

-¡Ah del barco! Por lo que deduzco vais a Nantucket. Decid allí que os habéis cruzado con el Pequod, que está dando la vuelta al mundo. Que manden la correspondencia al Pacífico.

Los otros parecieron oír y asintieron con los brazos. Luego, el capitán se volvió hacia el timonel y le gritó con fuerza animosa:

-¡Vamos, marino! ¡Firme en lo puesto y sigue alrededor del mundo!

Yo me estremecí. ¿A dónde nos llevaría la locura del capitán? ¿Hacia qué mares remotos nos dirigiríamos? Seguro que un día a otro no tendríamos más remedio que llegar a Nantucket de nuevo, a no ser que acabásemos hundiéndonos en las profundidades del océano.

A mí me sorprendió que el capitán Achab no hiciera ningún movimiento de acercamiento al buque Albatros, con el que habíamos coincidido.

En tales ocasiones es normal y corriente que los barcos se acerquen el uno al otro y

ambos capitanes cambien impresiones sobre los viajes; y-que los marinos inicien un período de franca camaradería.

Por una parte pensé que sería debido al mal estado del mar; pero quizá fuera por el recelo del capitán. Si alguien más se enteraba de sus pretensiones podrían impedirle navegar a su gusto.

Aparte de las causas humanas que favorecen una relación con personas desconocidas y al mismo tiempo tan cercanas, están los deseos de conocer qué pasa por el mundo. El otro barco puede tener periódicos, cartas, las noticias últimas referentes a la pesca, a los bancos de ballenas, etc.

Además, el placer de la conversación con gentes distintas; en fin, todo lo que supone una satisfacción y novedad en los monótonos días a bordo del mismo barco y viendo siempre las mismas caras.

En alta mar no importa la nacionalidad; todos los buques se sienten hermanos y unidos por una misma idea: la caza de la ballena.

Y entre todos los barcos que cruzan los mares, los balleneros son los más sociables.

Los buques mercantes se cruzan y sobrepasan mutuamente sin la menor señal de saludo, y encima se permiten criticar el estado del casco o la pintura del otro.

De los barcos piratas no hay que hablar, porque todos huyen sin querer saber nada de ellos.

Sólo los balleneros, en cuanto se cruzan, empiezan a agitar los brazos y los pañuelos en señal de saludo. Luego botan las pequeñas embarcaciones y los capitanes y oficiales intercambian noticias y saludos, mientras la tripulación, desde una y otra baranda, grita y gesticula contándose las últimas nuevas.

Por lo tanto, no entiendo por qué el resto de los buques nos desprecia a nosotros, los balleneros, llamándonos grasientos.

¡Si supieran cuánto les compadecemos nosotros!

XV

En la zona próxima al Cabo de Buena Esperanza pululan multitud de barcos que cruzan por aquel lugar siguiendo sus rutas.

Poco tiempo después de haber dejado al Albatros nos encontramos con un nuevo buque totalmente tripulado por polinesios que se llamaba Town-Ho.

En la breve entrevista sostenida con ellos pudimos recibir importantes noticias acerca de Moby Dick.

Los tres únicos hombres blancos que navegaban en el Town-Ho nos contaron a algunos tripulantes y a mí una historia que nunca llegó a oídos del capitán Achab ni de los oficiales, ya que todos los que la sabíamos tuvimos buen cuidado de guardar el secreto.

Voy a contarla siguiendo el estilo con que lo hice una vez en Lima, ante un auditorio de españoles, en La posada del Oro. Allí me escuchaban dos íntimos amigos, que me hicieron algunas preguntas a medida que avanzaba mi relato.

Un par de años antes de que me contaran la historia, los tres hombres blancos del Town-Ho notaron que una mañana, al poner en marcha Las bombas, había en la cala más agua de la normal.

Pensaron inmediatamente que quizás algún pez espada había logrado perforar el casco del buque; pero como quiera que el capitán consideró que era una vía de agua muy poco importante y quería salir pronto de aquellos mares, mandó que el navío siguiera, mientras los marineros se ocupaban de la tarea de ir achicando el agua que entraba.

Pero pasaban los días y, ante la sorpresa de todos, no sólo no se pudo localizar la avería sino que observaron que iba en aumento.

El capitán ordenó entonces poner rumbo al puerto más cercano para allí reparar el casco de su barco; y lo hubieran conseguido, pues los vientos eran favorables y no se hallaban lejos de tierra, a no ser por el bruto del primer oficial y la venganza que planeó Steelkit.

El primero, Llamado Radney, era un tipo nacido en Búfalo, rencoroso y camorrista como el que más; y Steelkit era un hombre audaz, típico de los Mares del Sur. Aunque ciertamente, y esto no tiene nada que ver, ambos eran muy buenos marinos, hasta el punto de que, como hemos visto, Radney era el primer oficial del Town-Ho.

Volvamos al barco desafortunado. La vía de agua aumentaba de día en día de manera que los marinos se organizaron en turnos y achicaban agua de día y de noche. Y así comenzaron todos a ponerse muy nerviosos, en especial Radney, que mandó izar todas las velas para aprovechar el viento al máximo y poder llegar a tierra cuanto antes.

Los marinos comenzaron a comentar diciendo que todo el celo que ponía Radney en el

barco no era normal, teniendo en cuenta que hasta el momento había trabajado sin exceso en él, y que cuando el barco se veía en peligro, entonces se preocupaba excesivamente.

Hubo quien dijo incluso que tenía parte de propiedad del

Una noche se hallaba Steelkit junto con otros marineros achicando el agua cerca de las bombas cuando notó que se acercaba el primer oficial. Simuló no verle y comenzó a hablar:

-¡Vaya, amigos! ¡Seguro que esta vía de agua nos va a Llevar al infierno! ¿Qué os parece si la embotelláramos y la vendiésemos como curalotodo? Ja, ja, ja...

Steelkit era un hombre alto y fornido, de rostro y cuerpo agradables. Y, además, con un corazón de oro.

-Parece ser que después del pez-espada han venido, siguiéndole, peces sierra, peces lima... Os aseguro que si Radney viniese por aquí le aconsejaría que se zambullera un poquito en esas negras aguas, a ver si así se le olvidan sus preocupaciones respecto a sus ranchos. Dicen que tiene toda su fortuna invertida en galápagos disecados... Ja, ja, ja...

Radney llegó en aquel momento y simuló no haber oído las palabras de Steelkit.

-¡Vamos! ¡A trabajar, estúpidos!

-Sí, señor -dijo Steelkit.

Y todos se pusieron a trabajar con gran esfuerzo. Cuando les tocó el turno de relevo, subieron a la cubierta y descansaron.

Steelkit tenía los ojos inyectados en sangre por el esfuerzo realizado y se hallaba empapado de sudor.

¿Por qué precisamente en aquel momento Radney se adelantó a él y le dio una escoba llena de los excrementos de un cerdo y le ordenó que barriera la cubierta?

El trabajo de barrer la cubierta de un barco corresponde a un grumete cuando lo hay. Está faena se ejecuta puntualmente cada mañana y cada tarde, y a veces una vez más en caso de tormenta.

El marinero es muy limpio y no soporta ver la suciedad a su alrededor, por lo que no es extraño que exista quien haya barrido la cubierta mientras el barco se estaba hundiendo.

En cuanto al Town-Ho, se había clasificado a los marineros más forzudos para que fueran encargados de achicar el agua por turnos, mientras los más débiles se cuidaban de las faenas normales de la navegación.

Además, Steelkit, por su extraordinaria fuerza, había sido nombrado por el capitán como capataz de uno de los grupos. Por esto, quedaba automáticamente disculpado de hacer otra faena que no tuviera nada que ver con sus trabajos marineros.

Aquello era una clara demostración de que Radney quería excitar a Steelkit para poder darle una lección delante de toda la tripulación, y humillarle.

A pesar de que la afrenta recibida por Steelkit fue muy grande, supo contenerse y no se inmutó. Paradójicamente sintió una especie de compasión por aquel hombre lleno de odio; y al mismo tiempo repugnancia de luchar con un ser tan excitado.

Simplemente declaró que al ser capataz se hallaba relevado de cualquier trabajo físico que podía ser encargado a cualquier otro marinero. Y que no pensaba hacerlo.

Radney replicó con un terrible juramento y le instó para que barriera, al tiempo que cogía un grueso martillo, blandiéndolo frente al rostro del marino.

A éste le sentó mal la actitud del primer oficial; sin embargo, tratando de reprimir la cólera, dijo que no pensaba barrer puesto que no tenía ninguna obligación de hacerlo.

El insensato Radney hizo un gesto de agresión hacia Steelkit, pero éste seguía conteniéndose, hasta que al fin dijo:

-Mire, Radney. Suelte ese martillo y no me amenace o se va a acordar de mí.

Haciendo caso omiso, el primer oficial acercó el martillo a un dedo del rostro del marinero mientras le soltaba a bocajarro los insultos más groseros.

No pudiendo soportar más, Steelkit dijo que si le rozaba la cara con el martillo, le mataría.

Pero Radney estaba demasiado enfurecido para reflexionar, así que no tardó ni un minuto en rozar con el instrumento los labios de Steelkit.

Un segundo más tarde yacía en el suelo con la mandíbula destrozada.

Antes de que la alarma corriera, Steelkit se hallaba ya en lo alto de la cofa, donde se encontraban de vigías dos amigos suyos. Una vez arriba vio cómo los oficiales y marineros se disponían a acorralarle en la cubierta.

En aquel preciso instante sus dos amigos bajaron de la cofa, conduciendo al perseguido hasta la proa. Allí se les unieron varios marineros. A todo esto siguió una pelea.

El capitán, puesto prudentemente a buen recaudo, gritaba a sus oficiales que cogieran a aquel gigante y lo encerraran en la bodega; pero éste no se dejaba apresar tan fácilmente.

Era curioso ver como todos se lanzaban sobre él, y a pesar de todo lograba salir victorioso cada vez. Al fin logró escapar junto con otros hombres y estableció una barricada con unos barriles sobre cubierta.

-Salid de ahí, imbéciles! -gritaba el capitán.

-¡Oiga, capitán! La tripulación está conmigo. Si me dispara será la señal para un motín. ¡Vamos, dispare ahora si quiere!

El capitán debió pensar que, efectivamente, era mejor ser prudente, porque no le convenía tener un motín a bordo.

-¡Vamos! ¡Cada uno a su puesto! -gritó.

-¡Sólo obedeceremos si promete que nada nos va a suceder a mí y a mis compañeros!

-dijo Steelkit.

-¡No prometo nada! ¡Digo que a vuestros puestos! ¿Sois imbéciles que abandonáis las bombas en el momento en que se puede hundir el barco?

-No, capitán. Sólo nos pondremos a trabajar en el caso de que prometa que nada va a pasarnos. ¿Estáis de acuerdo conmigo, muchachos?

-¡Sí, Steelkit! -gritaron todos.

Y éste comenzó a pasearse por encima de las barricadas,

aunque sin perder de vista las dos pistolas que empuñaba el capitán, y empezó a decir:

-Capitán, como no trate de olvidar lo ocurrido entre el primer oficial y yo, el barco se hundirá o no, pero lo cierto es que no vamos a avanzar ni un ápice, porque ninguno de nosotros volveremos a nuestros puestos. ¡Por que no trabajaremos mientras haya quien tenga derecho a tratarnos injustamente! ¿Ha comprendido, capitán?

Por lo visto el capitán no quería entender, y volvió a gritar más fuerte que nunca:

-¡Vamos, a trabajar, holgazanes! ¿Queréis que se hunda mi barco? ¡No prometo nada!

-Oiga, capitán. Nosotros queremos trabajar y llegar a Puerto. No estamos en plan de camorristas. Sólo queremos de usted la promesa de que no nos hará azotar.

-¡A trabajar!

-Capitán, ya le he dicho lo que vamos a hacer. No queremos armar un motín sólo porque un estúpido oficial nos haya ofendido; sólo queremos que usted olvide el asunto y no tome represalias.

-¡Abajo! ¡A las bodegas!

-¿Qué hacemos? -preguntó Steelkit a los demás.

Unos creían que lo mejor era quedarse tras las barricadas, pero Steelkit decidió bajar; con él fueron diez hombres. Los neutrales y los otros dos oficiales se quedaron arriba.

Tan pronto como los prisioneros desaparecieron bajo el sollado, el capitán mandó traer el candado grande y echó el cerrojo para que no pudieran salir. Estableció guardia ante la puerta, pues temía que los insurrectos trataran de escapar y organizar entonces una verdadera rebelión.

Al amanecer, el capitán se acercó a la puerta del sollado y trató de persuadir a los prisioneros para que salieran a trabajar. Nada consiguió.

Repitió la misma operación dos o tres veces más durante el día, y siempre recibió una negativa. Mandó que le diesen agua y galleta, y así pasaron tres días más.

Al cuarto, cuatro hombres decidieron salir porque ya estaban hartos de la oscuridad. Steelkit iba quedándose solo.

A la mañana siguiente salieron tres más, hasta que al fin sólo quedaron con él sus dos amigos.

Entonces, en la desesperación, trazaron un plan descabellado. Se armaron hasta los dientes y pensaban encontrar alguna excusa para salir, pasando entonces a cuchillo a los que pudieran hasta apoderarse del barco.

Steelkit preguntó antes de poner en marcha el plan irrealizable si sus amigos seguían con él.

-¡Hasta la muerte! -respondieron.

Pero lo más lamentable de toda la historia viene ahora, ya que vamos a tratar sobre la traición de estos dos que se hacían pasar por amigos, y que resultaron ser enemigos de Steelkit.

Al oír el descabellado plan, cada uno de los dos hombres, por separado, tramó otro mediante el cual pudieran hacerse merecedores de la confianza del capitán.

En definitiva, lo que pretendían era tratar de apresar a Steelkit y decir luego al capitán que ellos le habían reducido para que se entregara.

Y dicho y hecho; por la noche ataron a su pobre amigo y a la mañana siguiente gritaron desde el interior del sollado:

-¡Eh, capitán! ¡Abra la puerta! ¡Hemos convencido a nuestro cabecilla para que se entregue! ¡El era el culpable!

El capitán, muy satisfecho, abrió la puerta y salieron por ella los dos hombres llevando en brazos a Steelkit, fuertemente amordazado.

Era medianoche y algo extraño y misterioso flotaba en el ambiente.

A los dos marineros poco les valió el plan trazado, pues fueron atados igualmente y tratados como asesinos, al igual que Steelkit.

Los tres fueron atados fuertemente al palo de mesana.

-¡Dejadlos allí toda la noche! Aunque no creo que los buitres se los quieran comer. Son carroña pura.

Al amanecer, el capitán dispuso que se reuniera toda la tripulación en cubierta. Había decidido azotarlos a todos.

-¡La justicia me dicta esta sentencia! -dijo ante los presentes.

Cogió un látigo y comenzó a azotar a los dos traidores hasta que éstos cayeron desvanecidos de dolor.

-¡Vaya! Ahora lo toca el turno a ti. Me he dislocado la muñeca, pero aún me quedan fuerzas para sacudirte de lo lindo. ¿No querías rendirte? Quitadle la mordaza para que pueda gritar de dolor.

En cuanto Steelkit se vio libre de la mordaza que le oprimía, dijo:

-Capitán, no tengo otra cosa que decir sino que si usted me toca un solo pelo de la cabeza, le mataré.

-¡Ja, ja, ja! Eso es lo que tú dices, pero ya veremos quien morirá primero.

-Capitán, le advierto que es mejor que no me azote. Escúcheme primero.

Y entonces, Steelkit pronunció unas palabras que sólo el capitán pudo oír. Y ante el asombro de todos los presentes, el capitán se echó hacia atrás y soltando el látigo dijo atemorizado:

-No, yo no voy a azotar a ese hombre... ¡Soltadle! ¡Soltadle os digo!

Pero en el momento en que los marinos iban a ejecutar la orden del capitán soltando al reo, apareció en cubierta Radney, con la cabeza completamente vendada, debido al terrible golpe que Steelkit le había propinado en la mandíbula. Apenas podía hablar, pero al ver que el capitán no se atrevía a azotar al que le había ofendido, masculló unas palabras ininteligibles, anunciando que lo que el capitán no se atrevía a hacer, lo haría él.

Steelkit le vio avanzar y dijo con gran seguridad:

-¡Cobarde! A un hombre atado sí que lo atreves a pegarle...

-¡Y con mucho gusto!

Se disponía ya a lanzar sobre el prisionero su primer latigazo, cuando éste dijo unas palabras que hicieron palidecer a Radney.

Y éste, ante el asombro de todos, dijo:

-Soltad a ese hombre.

Minutos más tarde, los tres marineros volvieron al trabajo y la tarea de achicar agua siguió ya ininterrumpidamente.

Aquel mismo día por la noche, los dos marineros que habían traicionado a Steelkit salieron corriendo de la sala de trabajo diciendo que no podían seguir conviviendo con el resto de la tripulación; a pesar de las numerosas preguntas que se les hicieron al respecto, los dos hombres no supieron contestar nada.

Su rostro estaba lívido y bajo ningún concepto quisieron entrar en el sollado, así que al fin se les encerró en la cala como medida de seguridad.

Pero no se advertía en la tripulación señal alguna de motín; parecía que todos, bajo la indicación de Steelkit, habían decidido trabajar seriamente hasta llegar a puerto.

Pero también bajo la dirección de Steelkit habían acordado no señalar la presencia de ninguna ballena, para no retrasar la marcha ni una hora más.

Y todos sabían que el capitán deseaba avistar cualquier ballena o cachalote para salir en su persecución inmediata.

El primer oficial, a pesar de su maltratada mandíbula, aún no restablecida totalmente, había pedido al capitán que le permitiese volver de nuevo a montar la guardia nocturna.

Y en cuanto Steelkit se enteró, planeó un terrible plan de venganza contra el hombre que tanto le había humillado.

Se sabía que Radney, en la guardia nocturna, acostumbraba a dormirse acodado en la baranda.

Steelkit calculó sus turnos de guardia y vio que uno de los que él tenía coincidían con el del primer oficial.

Mientras esperaba el día de la venganza, iba tejiendo algo extraño debajo de la cubierta. Uno de sus compañeros le preguntó una noche:

-¿Qué es lo que haces?

-¿Tú qué crees que es?

-Pues yo diría que es una red, pero tiene la forma un poco rara.

-Pues puede que sea una red, y además muy útil. Pero no tengo más cuerda, ¿podrías tú prestarme un poco, amigo?

-No, no tengo, y, además, no creo que encuentres en todo el sollado.

-Entonces tendré que pedírsela a Radney.

-¿Cómo? ¿Irás a pedirle un favor a Radney después de lo que lo ha hecho?

-¿Y por qué no? Al fin y al cabo hago esta red para ayudarlo a él.

Y sin añadir una palabra más fue hasta Radney y le pidió un trozo de cuerda, éste se la dio sin decir palabra y no se volvió a mencionar el asunto.

A la noche siguiente, Steelkit ya tenía su trabajo terminado y saboreaba de antemano las mieles de la venganza. Llegó el momento decisivo. Radney estaba apoyado semidormido, como siempre, en la barandilla. Steelkit, muy cerca de él, maniobraba en su extraña red a la que había añadido una bola de hierro.

Pero en el momento en que la mano vengadora iba a cumplir la promesa, un marino dio la señal de alarma gritando con todas sus fuerzas:

-¡Moby Dick! ¡Ahí está Moby Dick!

En aquel instante, todos los marineros, incluido Steelkit, se olvidaron de sus problemas personales y se asomaron ansiosos a la baranda.

-¡Moby Dick! ¡Moby Dick!

En este punto del relato me interrumpió mi amigo don Sebastián:

-Pero, ¿cómo? ¿Es que ustedes los balleneros bautizan a las ballenas? ¿Y cómo las pueden reconocer?

-Amigo mío. Es que en este caso se trataba de una ballena excepcional. Era un monstruo blanco, de gran crueldad. La reconocemos por su color y es ya famosa por sus proezas, que han truncado vidas y navíos.

El monstruo se hallaba sólo a cuarenta varas del barco y todos los tripulantes ardían en deseos de apresar al famoso animal, a pesar de que sabían los peligros que entrañaba semejante caza.

La casualidad o el Destino había predisposto que Steelkit fuera precisamente el ayudante del primer oficial en la ballenera que éste dirigía. Y su deber consistía en permanecer sentado al lado de su superior mientras éste daba las órdenes oportunas, lanza en mano.

La ballenera del primer oficial fue la primera que saltó al mar; minutos más tarde, después de remar frenéticamente, se halló muy cerca del monstruo.

Erguido sobre el bote, el primer oficial parecía otro hombre.

A pesar de que todavía conservaba el vendaje, ordenó atacar a la fiera por el flanco y después por la espalda.

Steelkit bogaba como podía entre los remolinos que formaba la gran ballena, hasta que por fin tropezó con algo que hizo tambalearse al bote. Como el primer oficial iba de pie, cayó al agua y comenzó a nadar en dirección al bote, procurando al mismo tiempo mantenerse fuera del alcance de la enorme boca del cetáceo. Mas no tuvo suerte, pues Moby Dick dio un giro de cabeza y apresó al primer oficial entre sus dientes, sumergiéndose precipitadamente en las profundidades.

Entre tanto, los botes trataron de rodear el área, pues estaban seguros de que, próximamente, Moby Dick iba a salir a la superficie.

Cuando reapareció llevaba entre sus mandíbulas pedazos de la camisa roja de Radney que había sido despedazado; a pesar de los esfuerzos de los balleneros para conseguir la presa, el animal desapareció al cabo de pocos minutos sin dejar rastro.

Todos volvieron al Town-Ho, reanudando la marcha hacia el puerto más próximo.

Cuando llegaron a una tierra, resultó ser una isla donde no se encontraba ni un solo hombre civilizado. Todos eran nativos que les recibieron con hostilidad.

La mayoría de los tripulantes desertaron y los que quedaban eran tan pocos que el capitán no tuvo más remedio que pedir a los nativos que le ayudaran a subir el barco y a repararlo.

Se cree que tiempo más tarde, Steelkit, junto con otros marinos, logró llegar a tierras civilizadas en la piragua de unos indígenas.

Como eran muy pocos, el esfuerzo que realizaron los marinos que desertaron fue tan grande, que el capitán, una vez reparada la avería no se sintió con ánimos de partir con aquellos hombres tan agotados.

Al fin, después de consultar con sus oficiales, decidió botar su mejor ballenera y hacerse a la mar con alguno de sus hombres para tratar de llegar a Tahití, que se encontraba a quinientas millas, y allí reclutar gente para sacar su barco de la isla.

Dejó vigilando a varios hombres, advirtiéndoles a los salvajes que harían fuego contra ellos si trataban de acercarse demasiado.

Llevaban ya cuatro días de navegación cuando observaron una especie de piragua, que parecía encallada en unos arrecifes de coral; pero la sorpresa fue mayor cuando vieron que la piragua, suelta de pronto, venía hacia ellos echándoseles encima.

Y cual no sería la cara que pondría el capitán al ver que de la piragua surgía un rostro conocido: el de Steelkit en persona.

-¿Cómo? ¡Steelkit! ¿Qué hace usted aquí?

-Deje de apuntarme con su pistola, capitán. ¿Hacia dónde se dirige?

-Voy a Tahití.

-Muy bien. Déjeme que pase a su bote, que no voy a causarle dificultades mientras usted no se meta conmigo.

Y diciendo esto dio un salto y se encontró dentro de la ballenera.

-Ahora, capitán, diga conmigo: «Juro por mi honor que cuando Steelkit me deje voy a ir a aquellos arrecifes y estaré allí encallado durante seis días.»

El capitán, a regañadientes repitió las palabras de Steelkit, que volvió a saltar a su piragua.

El ballenero se alejó y se quedó encallado durante seis días, tal como el capitán había jurado.

Entretanto, Steelkit, que también se había propuesto llegar a Tahití, tuvo suerte, pues en el puerto de la isla estaban anclados dos barcos franceses, en uno de los cuales se enroló como marino.

De esta forma había resuelto el problema, ya que si el capitán le hubiese visto en Tahití, quizás le hubiera hecho prender como alborotador a insurrecto.

El capitán, después de los seis días de espera reanudó el viaje y al llegar contrató los servicios de unos nativos medio civilizados, a quienes embarcó en un pequeña goleta en busca del Town-Ho.

Poco después pudo hacerse a la mar en busca de ballenas.

Hoy en día no se sabe nada de Steelkit. Sólo se sabe que la viuda de Radney mira todas las tardes con ojos tristes el mar y espera que sea cazada al fin la ballena que destrozó a su marido.

-¿Ha terminado la historia? -preguntó uno de mis amigos.

-Sí; ha terminado.

-Pues entonces, le ruego que me diga si tiene algo de veracidad o se trata sólo de una leyenda. Es tan hermosa...

-Perdone nuestra insistencia, pero es que cuesta de creer...

-No se preocupen. ¿Tienen por ahí una Santa Biblia? -pregunté.

-No, pero cerca de aquí vive un sacerdote que se la puede prestar.

-Pues vamos a verle -dije yo.

Pocos minutos después estábamos en casa del sacerdote que nos prestó los Sagrados Evangelios.

Y ante ellos dije yo solemnemente:

-Juro que el relato que acabo de contarles es totalmente verídico, tanto en su esencia como en los detalles. Yo mismo estuve en el Town-Ho y hablé con la tripulación; y también conocí a Steelkit poco después de la muerte de Radney.

XVI

Estábamos hacia el noroeste de las islas Grosett cuando tropezamos con una zona llena de brit.

Brit es una sustancia que apenas se ve cuando está disuelta y que constituye el alimento de varios tipos de ballenas.

Al segundo día de navegar por aquellas aguas divisamos un grupo de ballenas que retozaban alegremente entre su manjar favorito. Estaban seguras de no ser atacadas, y por eso se confiaban.

Yo me quedé varias horas observándolas desde la baranda. Era curioso ver sus bocas

abiertas llenas de esa especie de algas amarillas. Para mí aquello era un espectáculo encantador, y me parecía que todos nosotros, los marineros y oficiales, no éramos más que segadores en tiempo de recolección. Tan amarillas parecían las aguas.

El Pequod navegaba tranquilamente hacia la isla de Java entre aquel mar amarillo; y el extraño surtidor seguía apareciendo todas las noches a la luz de la luna. Ya nos habíamos acostumbrado a él y no nos preocupaba apenas.

Una mañana, el negro Daggoo descubrió en el mar un objeto desconocido. Parecía una enorme mole blanca recortándose en el horizonte. En todos los labios surgió un suspiro impaciente.

¿Era una roca? ¿Era el monstruo?

La extraña forma se sumergió y todos mirábamos fijamente al lugar por donde había desaparecido.

-¡Es Moby Dick! ¡Seguro que es Moby Dick! ¡Miradla, por allí sale!

Efectivamente, todos pudimos ver la inmensa mole agitándose en el mar. Yo miré al capitán. Vi que permanecía impassible y daba órdenes oportunas para partir a la caza de la ballena.

Instantes más tarde, los cuatro botes estaban en el agua, y en todos los corazones resonaban ansias de lucha y de miedo al mismo tiempo. El capitán Ahab embarcó en su propia flotilla de amarillos y gritaba sin cesar:

-¡Vamos, desgraciados, remad más aprisa! ¿Queréis que se nos escape? ¡Vamos, hijos!

Pero cuando Llegamos al sitio que Daggoo había indicado, nada encontramos. Y mientras esperábamos que Moby Dick se dignase salir de las profundidades submarinas, oímos un estrépito enorme, una especie de mugido que nos sobrecogió.

A nuestro lado salió una masa viscosa, blancuzca, que casi flotaba a flor de agua. Estaba Llena de tentáculos que se retorcían extrañamente tratando de agarrar alguna cosa.

Era en verdad un espectáculo maravilloso, como pocos han tenido ocasión de contemplar.

-¡Vaya! Preferiría encontrarme con Moby Dick.

-¿Y qué es?

-Un pulpo gigante. Dicen que los cachalotes se alimentan de ellos; y que resultan muy peligrosos para la navegación. Los barcos que han tropezado con ellos no han Llegado a Puerto.

¡Mal presagio! Los hombres del bote se estremecieron al oír aquellas palabras.

El capitán, impassible, no dijo nada y mandó dar la vuelta y regresar inmediatamente al Pequod.

Es raro que un barco tropiece con esta clase de animales en sus travesías, y los balleneros atribuyen a su presencia una serie de presagios supersticiosos. Sobre todo Green que trae la desgracia consigo.

Pocos han sido los que han visto un pulpo gigante, y aún hoy en día se desconocen su estructura real y tamaño.

Los cachalotes les atacan para comérselos, pero el ¡pulpo presenta batalla, hasta que al fin uno de los dos queda vencedor; aunque, a veces, ambos contendientes quedan horriblemente mutilados.

Pero como en este mundo todo es del color del cristal con que se mira, aunque para Starbuck haber visto un pulpo era síntoma de mala suerte, para mi amigo Oueequeg significaba una suerte envidiable.

Me decía:

-Cuando marino ver pulpo, luego ver ballena.

El día siguiente amaneció nublado y toda la tripulación pensó que le vendría estupendo

aprovechar aquel día para descansar. Y así lo hicimos todos.

No era probable que avistásemos ballenas, pues por aquella zona del Océano Indico escaseaban los cachalotes,

Este día tenía turno de guardia en la cofa; me dejé Llevar por la melancolía del día y me adormecí. Mis compañeros estaban abajo, descansando, y yo sentía el hechizo de la tarde.

Por suerte, en el momento en que me dormía por completo oí una voz que gritaba:

-¡Ballena a la vista!

Miré hacia donde indicaba el otro vigía y vi, a menos de cincuenta metros, un gran cachalote revolviéndose entre las olas. Era negro y brillaba al sol.

Toda la tripulación se puso en movimiento, y en breves instantes las barcas estaban dispuestas y todos en sus respectivos lugares.

Como si los gritos hubiesen asustado o quizás molestado a la ballena, ésta dio media vuelta y se alejó rápidamente, de manera que nosotros no tuvimos ni tiempo para botar los botes. No obstante, el capitán Ahab ordenó bajar al mar y remar con mucho cuidado hacia el lugar donde la ballena se había sumergido.

-No quiero ni una palabra, muchachos. ¿Habéis entendido?

Nos paramos en círculo y esperamos. En efecto, pocos minutos después reapareció la ballena.

-Ya le vemos la cola.

-¿Para qué disimular? -dijo Stubb-. Este animal nos ha visto ya.

La ballena se había dado cuenta de la presencia de sus enemigos y trataba de huir. Stubb, rápidamente, decidió ser el primero en atacar. -,

Se puso en pie y arengaba a sus hombres:

-¡Vamos, hijos míos! ¡Vamos a darle su merecido a ese animalito! ¡No corras, porque al fin serás nuestra!

El animal nadaba con rapidez tratando de huir del peligro. En un momento que dejó al descubierto su cabeza, Stubb gritó con fuerza:

-¡Ahora, Tashtego! ¡Mátala para siempre!

El arponero lanzó con fuerza el arpón, a inmediatamente, los remeros comenzaron a remar hacia atrás para huir de los posibles coletazos de la ballena.

En aquel momento sentimos como un fuego que lamía nuestras muñecas: era la cuerda del arpón. A partir de aquel momento la ballenera parecía volar sobre las olas, tan tensa estaba la cuerda del arpón.

Tashtego y Stubb cambiaron de posición dentro de la embarcación, cosa harto difícil y peligrosa.

La lancha se abrió paso vertiginosamente sobre las olas dejando tras sí una espesa estela de espuma. Así avanzamos agarrados fuertemente a los lados de la ballenera para no caer al agua.

La vertiginosa carrera siguió durante unos minutos, hasta que la ballena se cansó y aminoró la marcha considerablemente.

Stubb, en este preciso momento, ordenó:

-¡Remad ahora, ahora!

Y todos tiraban del cable y remaban hacia el enorme animal, que bullía inquieto y medio sumergido.

Entonces Llegó el momento decisivo. Stubb se levantó y, en un alarde de sangre fría, empezó a clavar repetidamente su lanza en las entrañas del animal.

-¡No os acerquéis tanto! -advertía, para evitar que el bote cayera al agua movido por los

coletazos de la ballena; pero luego añadía- Vamos, un poco más cerca...

El oficial clavaba su lanza con saña:

-¡Toma, toma!

Este es el momento más hermoso en la vida del ballenero: cuando el hombre y la bestia se hallan frente a frente y uno de los dos tiene que vencer.

La ballena siente en esos momentos un dolor agudo, algo que inexorablemente se va acercando a su corazón y mueve sus entrañas.

Stubb no tardó mucho en encontrar el corazón del animal, que sintiéndose mortalmente herido dio un último coletazo; pero ya era tarde.

El bote se retiró inmediatamente de la zona de peligro, y la ballena dio sus últimos estertores de muerte. Se hundió una vez, pero volvió a salir exhalando gritos y estertores, hasta que por fin cayó de lado y se quedó inmóvil. Había muerto.

-Ya está, señor -dijo Daggoo.

-Sí, ya está -dijo Stubb mirando a la ballena.

La zona donde había tenido lugar la caza del animal estaba un tanto alejada del Pequod, por lo que todas las lanchas se reunieron en aquel lugar para remolcarlo.

Era de noche cuando al fin Llegaron los botes al Pequod. Pudimos arribar a él gracias a sus luces de situación y a los faroles que mantenían encendidos en el barco.

El capitán Ahab, después de subir, lanzó una última mirada a la ballena a inmediatamente se retiró a su camarote, del que no salió hasta el día siguiente.

Yo pensé que, a pesar del enorme éxito que significa pescar una ballena, el capitán se encontraba descontento porque hubiera preferido que se tratase de Moby Dick.

La ballena blanca se hallaba todavía viva bajo el mar. Y aunque pescásemos cien ballenas, el capitán seguiría inexorablemente buscando a Moby Dick.

El animal quedó atado por la cabeza a popa y por la cola a proa. Stubb estaba muy animado, más de la cuenta, por su éxito, y el primero de los oficiales creyó oportuno encargarle a él las operaciones de descuartizamiento para que se apaciguase.

En cuanto todo estuvo dispuesto, Stubb dijo:

-Daggoo, córtame un buen pedazo de abajo y tráelo, que me lo comeré a mi gusto.

Poco tiempo después, el trozo estaba en manos de Buñuelo, quien hizo un guiso que al pobre Stubb, acostumbrado a pasar hambre, le pareció manjar de dioses.

Pero no fue él solamente quien se atracó de ballena: durante la noche pulularon gran cantidad de tiburones por los alrededores del barco, arrancando más pedazos de la cuenta al animal cazado.

Los marineros que dormían en cubierta pudieron escuchar claramente los coletazos que daban contra el casco del barco, y cualquiera podía verles chapotear en la oscuridad, arrancando bocados del tamaño de una cabeza.

A medianoche, Stubb hizo levantar al cocinero para que le guisase de nuevo otro trozo de ballena.

El hombre se hallaba de muy mal humor por haberle obligado a levantarse a hora tan intempestiva, y trataba a Stubb de loco.

-¡Eh, Buñuelo! ¿Has probado estas tajadas que me has hecho? ¿No crees que están demasiado asadas? Ya lo he dicho que a mí me gusta la carne de ballena dura, como los tiburones. ¿No ves que cogen trozos duros y crudos y se los comen tan felices? Pues igual yo. Lo que pasa es que tú machacas demasiado la carne y la dejas tan blanda que parece jugo. Cuando guises para mí recuerda que lo único que tienes que hacer es coger el pedazo de ballena, acercarlo al fuego y ¡ya está!, no es preciso nada más.

Ya se iba el cocinero a dormir, cuando el oficial le detuvo de nuevo:

-¡Ah! ¡Espera! Mañana vamos a descuartizarla, no lo olvides sobre todo de coger las puntas de las aletas y hacerlas en conserva. Es el manjar más exquisito que conozco.

Otra vez se iba, cuando de nuevo:

-Espera un momento. Mañana por la noche me sirves chuletas de ballena, y para el desayuno, albóndigas de ballena. ¿De acuerdo?

El cocinero se alejó murmurando:

-¡Vaya un loco! Creo que es peor que los tiburones. Le gusta la carne cruda y no hace más que hartarse de ballena, aunque reviente.

XVII

Cuando un ballenero caza una ballena es costumbre que su descuartizamiento se deje para el día siguiente, porque se trata de una operación muy laboriosa y entretenida que Lleva todo un día y precisa de la participación de todos los tripulantes, sin excepción.

Por tal motivo, se ancla la embarcación y se dejan de hacer todas las faenas cotidianas, quedando únicamente los vigías en sus puestos.

Y además, este día sirve de merecido descanso después del esfuerzo realizado en la caza del animal.

En el Pacífico esto es imposible porque hay tal cantidad de tiburones que si se dejara la ballena al costado del barco tan sólo durante tres horas, al cabo de ellas no quedarían más que los huesos porque los escualos se la habrían comido por completo.

En el resto de los mares los tiburones también atacan pero se les puede mantener a raya mediante los llamados azadones balleneros.

En el Pequod, cuando, al amanecer, Queequeg y un marinero subieron sobre la ballena para empezar a cortar unas partes, los tiburones comenzaron a agitarse.

Cuando ambos hombres parecía que iban a descuartizar la ballena, lo que en realidad hicieron fue iniciar una espantosa matanza de tiburones. Blandían sus galas y atravesaban a los escualos hasta las entrañas.

-¡Dale a la cabeza! -gritaba Queequeg.

Este conocía el secreto para matar rápidamente a los tiburones. Parece que la única parte vulnerable de su cuerpo es la cabeza, y fracturando el cráneo, el animal está muerto.

Este día, que era domingo, fue el que se dedicó al trabajo de descuartizamiento. Todo el barco se convirtió en un enorme matadero, y chorreaba sangre y grasa por todas partes.

Primero se levantaron los instrumentos cortantes hasta el palo mayor; luego se Llevó al cabestrante el extremo de la cuerda que pasaba por el aparejo, quedando suspendido el cuadrenal sobre el cuerpo de la ballena.

Fue sujetado a este cuadrenal un enorme gancho, y Stubb y Starbuck se deslizaron al lado del buque suspendidos en una especie de andamio.

Allí, con unas galas, comenzaron a remover en un lugar del lomo de la ballena, cerca de la aleta, para hacer un agujero lo suficientemente grande y así poder coger el gancho.

Una vez hecho el agujero cortaron una línea bastante ancha en forma semicircular y agarraron el gancho.

En seguida, toda la tripulación hizo funcionar el cabestrante mientras entonaba una canción marinera.

El navío se inclinó peligrosamente, cada vez más mientras arrastraba una parte de la esperma, la masa de grasa que envuelve a la ballena. Esta envuelve al animal del mismo modo que la piel envuelve a una manzana.

A medida que se desprendía la esperma, la ballena fue izándose hasta rozar con la cofa. Durante unos minutos, la masa sanguinolenta y llena de grasa, queda suspendida en lo alto,

como si de una nube siniestra se tratara.

Entonces, uno de los arponeros, diestramente hizo otro agujero en la carne del animal para clavar un nuevo gancho, que sujetaría la otra mitad de la envoltura del animal.

Poco a poco, el animal dio la vuelta y toda la capa de esperma quedó libre y dispuesta para ser arriada. Entonces, los marinos volvieron a entonar su monótono canto.

Entre tanto, los arponeros cortaban tiras de la esperma, que caía directamente a una escotilla abierta en la bodega principal, a una cámara llamada cabina de la esperma.

Y así continuó la tarea, monótona: cortando tiras y mandándolas a la cabina, entre la canción de los marineros, los juramentos del capitán y el lento navegar del navío.

A pesar de tratarse de un día agotador, a mí me pareció todo muy interesante y bello. La cabeza de la ballena, después de haberla cortado, fue izada sobre uno de los lados del Pequod, como la gigantesca cabeza de un nuevo Holofermes, y allí esperó pacientemente a que le tocara su turno.

El cuerpo había sido mondado Llegado el mediodía, por lo que todos bajamos a comer.

En el tremendo trabajo de descuartizar a una ballena nadie tiene un puesto fijo ni una obligación que cumplir. Va de un lado para otro; a veces le necesitan en un sitio, otras veces en otro y así se va desarrollando su tarea.

A mí me ocurre algo parecido. Tengo a veces que echar atrás mi relato, como ahora.

Antes he dicho que mi amigo Queequeg había sido el encargado de bajar abajo, como arponero que era, para hacer el agujero donde agarrar el gancho e izar la ballena.

Como yo era el primer ayudante de Queequeg, mi obligación era ayudarlo en esta tarea. En primer lugar diré que es muy peligroso bajar abajo y mantenerse sobre la ballena que está entre dos aguas, y allí practicar un gran agujero.

Para dar más seguridad al arponero, se ata éste una correa alrededor de la cintura, y su ayudante, que en este caso era yo, la sujeta fuertemente para evitar que caiga al agua.

¿Habéis visto por las ferias esos gitanos que van con un mono atado? Pues así estábamos Queequeg y yo, atados precisamente por la que llamamos cuerda del mono.

Era una labor tan ingrata para él como para mí. Yo debía estar atentísimo y no perder de vista ni un instante a mi amigo. Más de una vez mi tirón oportuno le salvó de caer entre el barco y la ballena, lo que hubiera ocasionado su muerte. Pero lo más peligroso eran en este caso los tiburones.

Indiferentes a la matanza que se había organizado pocas horas antes, rondaban por el Pequod intentando de vez en cuando acercarse a la ballena para clavarle sus afilados dientes y llevarse una buena tajada.

A Queequeg y a mí nos unía una especie de cordón umbilical del que ninguno de los dos podía evadirse.

La sangre que salía del cuerpo de la ballena excitaba más y más a los escualos, que, además, esta vez tenían el aliciente del arponero que andaba con dificultad sobre el cuerpo del cetáceo.

Vi más de una vez a Queequeg dando patadas con sus propios pies a las bestias que se le acercaban demasiado.

Aparte de la cuerda de mono y de los cien ojos con los que andábamos, había otra cosa que protegía la vida de Queequeg. Era Tashtego, el encargado, quien, junto con Daggoo, trataba de alejar a los tiburones mediante largas palas afiladas. Los dos se mantenían sujetos a los lados del navío suspendidos en andamios; pero yo pensaba que ejercían su trabajo con demasiado celo, ya que más de una vez estuvieron a punto de cercenarle una pierna a mi querido amigo, en vez de cortar la

cabeza a un tiburón.

Yo no dudaba de que Queequeg, en estas peligrosas ocasiones, no dejaría de rezar a su fetiche incansablemente.

« ¡Bueno, amigo! » -pensaba yo- «¿Qué importa que tú estés ahí abajo debatiéndote entre los tiburones? ¿Acaso eres diferente de cada uno de nosotros? Tú representas la Vida que se debate en este inmenso océano, parecido en ciertos aspectos al mundo civilizado, a la tierra de la cual demos huido. Estos tiburones son tus enemigos, y estas palas tus amigos.

¡Vamos, amigo, aguanta un poco más! ¡Ten valor! Cuando subas lo estará esperando el camarero con una buena copa de ginebra o de whisky caliente.»

De pronto, arriba, en cubierta, Stubb se acercó al camarero que venía con una bandeja.

-¡Ginebra! ¡Huelo a ginebra! ¿Quién ha traído la ginebra a bordo? Oye, camarero, ¿acaso traes la ginebra para mi arponero? ¿Sabes tú cuales son las virtudes de la ginebra acaso? ¡Ginebra! ¡Maldito! ¡Ya lo enseñaré yo a envenenar a mis arponeros! ¡Asesino! ¡Quieres matarnos a todos para cobrar tú el seguro de vida! ¡Maldito!

-Yo no he traído la ginebra a bordo, señor. Ha sido tía Caridad quien me la dio recomendándome que la administrase a los arponeros.

-Vaya, ¿con que tía Caridad? ¡Bah! ¡Vete de aquí y trae ron, mucho ron, para que mis arponeros se calienten! El capitán ha ,prohibido en el barco la entrada de bebidas malditas. Así qué trae ron.

Y Stubb, medio en broma, comenzó a dar golpes y patadas al camarero, que trataba de huir despavorido.

El primer oficial se interpuso.

-Vamos, Stubb, déjale ya.

-No se preocupe. Yo sólo hago daño a las ballenas, a éste camarero le doy una pequeña lección. ¿No se da cuenta de que es un pasmarote?

-Bueno, Stubb. Baja abajo y elige lo que quieras, y súbelo luego.

Cuando Stubb apareció de nuevo sobre cubierta !llevaba en los brazos una caja de hojalata, que, ni corto ni perezoso, echó al agua.

XVIII

Desde el momento en que la ballena estuvo a buen recaudo y nosotros reanudamos la navegación, estuvimos rodeados siempre por gran cantidad de algas amarillas, las Brit de que se alimentan cierta clase de ballenas.

Era normal, pues, que por aquella zona encontrásemos algunos cetáceos pequeños, que los marineros del Pequod despreciaban. Decían que detenerse por una ballena pequeña era perder el tiempo; por eso hubo gran sorpresa en el buque cuando el capitán dio la orden de capturar a una de esas ballenas en cuanto se presentara la ocasión.

Y no tardó en Llegar, pues al cabo de un par de horas se, avistó un grupo de surtidores no lejos de allí, y dos botes se hicieron al agua, con Stubb y Flask a su mando.

Después de quince minutos de angustiosa espera, desde que los botes habían desaparecido en la lejanía, uno de los vigías anunció que uno de los botes, o quizás los dos, habían tornado contacto.

Tras varios minutos, los tripulantes del Pequod pudimos observar cómo, efectivamente, los dos botes eran arrastrados a gran velocidad por la ballena, que tenía clavados dos arpones.

La ballena, en su loca carrera, arremetía contra el Pequod; pero, en el mismo instante en que iba a producirse el choque, se hundió bajo las aguas.

Los marinos gritaban:

-¡Cortad los cables! ¡Desgraciados!

Porque parecía que las balleneras iban a estrellarse contra la quilla del Pequod; pero como éstas disponían todavía de bastante cable, soltaron más cuerda y comenzaron a remar enérgicamente para sortear el barco.

La lucha comenzó a resultar peligrosa, porque mientras la ballena tiraba por un lado, ellos remaban hacia el otro, y la

enorme tensión del cable amenazó con echar a pique a las embarcaciones.

Se sintió en el navío un violento temblor. La ballena había emergido por la parte de popa, pero inmediatamente se sumergió de nuevo rodeando el Pequod y arrastrando tras de sí los botes, que dieron un círculo cerrado alrededor del barco.

Tan pronto como la ballena se puso a su alcance y las dos embarcaciones quedaron juntas, los dos oficiales, Flask y Stubb, decidieron hacer frente al monstruo en la pelea definitiva.

Merodeaban por el lugar, atraídos sin duda por la sangre fresca que manaba de la ballena herida por los arponazos, una buena colección de tiburones.

Tras una cruenta pelea, las lanzas de los oficiales lograron su fin alcanzando el corazón de la ballena; ésta dio unos últimos estertores y cayó muerta.

Luego, los dos botes amarraron al animal para llevarlo a remolque al barco; Stubb protestaba:

-Me da verdadero asco pensar que hemos tenido que cazar a este bicho tan pequeño. No sé para qué querrá el capitán este animal.

-Yo creo comprenderlo. ¿No ha oído hablar de que el barco que lleva una cabeza colgada a estribor y otra corriente a babor, jamás puede naufragar? Quizás sea eso lo que pretende el capitán.

-¿Nunca puede naufragar? ¿Y por qué?

-Yo no lo sé. Es una de las muchas historias que cuentan por ahí. Yo se la he oído varias veces a Fedalah. Y no es que me guste Fedalah; pero me gustaría saber qué tipo de compromiso le une con nuestro capitán.

-¡Yo qué sé! A lo mejor un trato...

-¿Pero qué clase de trato?

-Pues no sé..., al capitán le interesa mucho la ballena blanca, y quizás a ese Fedalah le interesa el reloj de plata del capitán, y han convenido un trato. Fedalah le dará noticias de dónde se encuentra Moby Dick a cambio del reloj.

-No, Stubb. Fedalah no es un tipo de esos; aunque puede que sea más peligroso.

-Este hombre es el diablo, y el diablo puede tener ideas muy malas.

--¿Insinúa que Fedalah pueda tener intenciones de raptar al capitán?

-Yo no sé nada; pero lo que sí prometo es a partir de hoy vigilar constantemente a ese demonio, y si algo malo ocurre por su culpa..., se va a acordar.

-¿Habla en broma o en serio?

=Bien, ya Llegamos al barco.

Y se pusieron a gritar para que les ayudaran a subir al animal. Poco tiempo después, la cabeza de la recién cazada ballena colgaba al otro lado del barco, según Flask había predicho.

El Pequod parecía ahora un asno enorme cargado con alforjas y un enorme serón a cada uno de sus lados.

Poco después de que la nueva cabeza hubiera sido colgada, Fedalah observaba atentamente las arrugas del rostro del animal, comparándolas con el otro como si se tratara de la palma de la mano.

A su lado estaba el capitán mirando ansiosamente al amarillo y esperando sus palabras.

Creo que va a resultar interesante contar ahora algo acerca de la estructura de las ballenas, en cuanto a su cabeza se refiere. La primera que pescamos pertenecía al tipo Llamado ballena franca, y la segunda era una ballena común.

La diferencia entre ambas es notable. Las dos enormes, pero en la segunda existe una simetría de la que carece la primera.

En la ballena común, parecida al cachalote, podemos observar un depósito oleoso en la parte inferior de la cabeza, integrado por el incesante cruce de células duras de color blanco y muy elásticas. La parte superior, que los balleneros conocen por el nombre de cajón, contiene la esperma, apreciada en todo el mundo por sus numerosas aplicaciones.

Y lo curioso es que, en el cachalote, la esperma sólo se mantiene en estado puro en esta parte de la cabeza. Esta sustancia es blanca en vida del cetáceo, pero en cuanto muere adquiere una gran solidez.

De la parte superior de la cabeza de un cachalote pueden sacarse hasta dos mill trescientos litros de esperma.

Un tipo de ballena tiene los ojos muy atrás, hacia el lado de la cabeza, en tanto que en la otra aparecen muy abajo, junto a la mandíbula.

Tashtego se encaramó rápidamente a lo alto del aparejo y luego por todo el palo mayor, hasta que Llegó al lugar donde había un tonel levantado. Desde allí lanzó una cuerda a un marino, que la sujetó, y así él pudo deslizarse hasta la cabeza de la ballena, armado de un instrumento adecuado para abrir un orificio en la cabeza del cachalote.

Este es un oficio muy delicado, pues debe evitarse a toda costa estropear la más mínima parte de esperma. El que realiza la operación parece que está buscando tesoros ocultos en la cabeza del animal.

Una vez practicado adecuadamente el orificio, le era izado un cubo a Tashtego para que pudiera meterlo con una cuerda hasta el interior de la cabeza del cachalote a ir sacando cubos de esperma aún líquida.

Se habían sacado ya varios cubos, que los marineros iban vaciando dentro de un barril, cuando ocurrió un accidente fatal.

Tashtego resbaló y cayó dentro de la cabeza de la ballena, hundiéndose en aquella masa enorme de grasa líquida.

El primero en reaccionar fue Daggo, que gritó:

-¡Hombre al agua! ¡Ayudadme!

Y mientras a bordo se armaba un bullicio ansioso, Daggo subió arriba y alcanzó la entrada de la cabeza antes de que su compañero hubiese Llegado al fondo.

Con gran espanto vimos todos que la cabeza, antes inmóvil, comenzaba a moverse y a oscilar, y entonces nos dimos cuenta de la peligrosa profundidad en que se encontraba Tashtego.

Daggo soltó con rapidez la cuerda con el cubo hacia el interior de la cabeza, para que Tashtego pudiera agarrarse a él y así poder izarle; pero en aquel momento, y ante el horror de los presentes, se soltó uno de los garfios que sujetaba la enorme cabezota.

Entonces, el garfio que quedaba amenazaba con no soportar el peso y hacer que la cabeza cayera al agua.

-¡Bájate! -gritaban los marineros a Daggo.

Pero éste persistía en el intento de salvar a Tashtego.

-¡Cuidado con el aparejo! -gritó una voz.

Y como si esto hubiese sido la señal, la enorme mole se desplomó sobre las aguas.

Todos pudimos ver a Daggo enredado con las cuerdas del aparejo y, entre una nube de espuma, hundirse en el mar, mientras el pobre Tashtego seguía la suerte de la cabeza del cachalote.

Cuando el remolino se apaciguó, vimos a Queequeg, con una espada en la mano, nadando con rapidez hacia donde los dos hombres se habían hundido.

Unos marineros bajaron un bote para dirigirse hacia aquel lugar. Poco después vimos

emerger a Daggo, libre de las cuerdas, y subir al bote de rescate.

Poco más tarde, Queequeg salió de las profundidades Llevando en su mano la cabellera del indio, que se hallaba desvanecido.

Tashtego tardó bastante tiempo en recobrar el conocimiento, y Queequeg tuvo que tomar mucho ron antes de volver a ser él mismo.

Nos contó luego que había bajado a gran profundidad y allí, con su espada, había trazado un orificio lo suficientemente grande como para pasar un hombre.

Metió la mano y tuvo la suerte de dar con una pierna de Tashtego; no obstante, comprendió que agarrándole de la pierna no conseguiría sacarlo, por lo cual, dio un giro al cuerpo del indio y logró hacerse con la cabeza. Le cogió por la cabellera y consiguió sacarlo con vida.

Naturalmente, Tashtego se sintió inmensamente feliz al encontrarse de nuevo al aire libre después de la penosa experiencia.

XIX

Poco tiempo después del accidente que hemos descrito, encontramos en nuestro rumbo al barco Llamado Virgen, matrícula de Bremen, bajo el mando del capitán Derik de Der.

Antiguamente eran los holandeses y alemanes los mejores balleneros del mundo, pero poco a poco perdieron su prestigio, aunque todavía se les encuentra de vez en cuando por los mares.

Era evidente que el capitán tenía sumo interés en entablar contacto con el capitán del Pequod, ya que en cuanto avistaron botaron una ballenera y se dirigieron con suma rapidez hacia nosotros.

Nosotros veíamos cómo avanzaban y nos preguntábamos qué desearían.

-¿Pero qué Lleva en la mano ese hombre? -decía uno.

-Parece una aceitera.

-No, hombre, no; se trata de una cafetera y viene a ofrecernos buen café.

-Nada de eso. Está claro que trae una aceitera y un barril de aceite. A ellos se les ha terminado y vienen a pedirlo por caridad. '

Parece raro que precisamente un barco ballenero se quede alguna vez sin aceite; pero eso puede ocurrir. Y aquella vez, el capitán Derik tenía prisa por (legar a nuestro barco para conseguir el aceite, tan necesario.

En cuanto el capitán Achab recibió a su colega con cara de pocos amigos, y sin fijarse en la aceitera y el barril, le preguntó qué deseaba. El otro le explicó en mal inglés que su único deseo era proveerse de aceite, pues incluso tenía que vestirse y desnudarse a oscuras por no disponer ni de la más ínfima cantidad.

Se había terminado el que sacó de Bremen y no habían pescado nada para reparar la deficiencia.

El capitán, a quien sólo le interesaban las noticias referentes a Moby Dick, ordenó que le diesen a aquel hombre lo que necesitaba. El capitán Derik se dio por satisfecho y abandonó el barco inmediatamente.

Cuando ya se hallaba en su ballenera para regresar a su barco, se oyeron desde las cofas de ambos navíos gritos que anunciaban la presencia de ballenas.

Tan deseoso estaba el pobre capitán de iniciar una buena persecución a un cachalote que, sin regresar al barco para depositar el barril de aceite, se dirigió sin pérdida de tiempo hacia donde se hallaban las ballenas.

Inmediatamente, botaron desde el Virgen tres balleneros más, que no tardaron en tomar delantera sobre los botes que el Pequod había lanzado al agua.

Eran ocho ballenas las que pululaban por allí, pero advertidas del peligro, empezaron a moverse para huir, las ocho muy pegadas entre sí.

Entre ellas emergía un cachalote viejo que iba a ser la presa que ambos navíos se disputarían.

Los dos barcos, el Pequod y el Virgen, se dirigían lentamente hacia la zona de pesca, mientras nuestros tres botes seguían de cerca al ballenero alemán, que estaba seguro de su victoria.

Nuestros arponeros cruzaron apuestas a favor del capitán Derik, ya que se hallaba delante de nosotros. El también se sintió tan seguro de su éxito, que cogió la aceitera y la agitó burlonamente hacia nosotros.

Aquello encendió la sangre de nuestros hombres.

-¡Ah, desgraciado! -dijo Starbuck-. ¡Muchachos, remad! ¡No dejemos que se salga con la suya! ¡El cachalote tiene que ser para nosotros! ¡Remad! ¡Son tres mil dólares por lo menos!

Y Stubb también gritaba:

-¡Adelante, hijos míos! ¡Vamos, Tashtego, di que ya es tuya!

-Antes hay que remar más que el viento.

El gesto despectivo del germano hizo que los hombres del Pequod sintieran rabia y, por lo tanto, remaran con más brío. Pero era tan grande la delantera que había conseguido el capitán alemán, que a pesar de todos los esfuerzos de los marineros del Pequod hubiera resultado vencedor, a no ser por un incidente imprevisto.

Sucedió que uno de los remeros del bote del capitán Derik metió el remo en falso; el capitán se enojó tanto que comenzó a descargar golpes de remo sobre el pobre hombre, descuidando para eso el gobierno del timón. El bote corría peligro de irse a pique cuando los tres botes del Pequod adelantaron al alemán.

Poco tiempo después, los cuatro botes rodeaban a la ballena. El alemán se dio cuenta de que los del Pequod se le adelantarían en la maniobra; entonces quiso probar suerte lanzando los arpones desde la distancia a la que se hallaba.

La ballena sentía el peligro cerca y se removía inquieta.

De pronto, los tres arponeros del Pequod se levantaron al unísono, y también a la vez lanzaron sus arpones, que se clavaron en el monstruoso animal.

Como consecuencia del agudo dolor, la ballena se revolvió, y los tres botes del Pequod cayeron sobre el bote alemán, siendo tan fuerte la embestida, que el capitán y su arponero fueron de cabeza al agua.

-¡Vamos, muchachos, no os preocupéis! Pronto vendrán a recogeros, a no ser que se les adelanten esos tiburones que corren por ahí.

Stubb, siempre tan bromista, acababa de dirigir estas palabras a los náufragos, cuando la ballena se hundió en las profundidades para salir al cabo de pocos minutos.

No tardó en aparecer el negro lomo sobre la superficie, pero por los movimientos que el cetáceo realizaba, parecía no haber sido alcanzada en ningún punto vital.

Cuando se volvió, vimos que la ballena se había quedado sin ojos, debido a los arponazos. Aquel espectáculo sólo era digno de inspirar lástima, pero nadie la tuvo.

Flask fue el que decidió rematar al cetáceo. Starbuck se oponía, diciendo que iba a morir dentro de pocos minutos por sí misma, sin necesidad de descargar más golpes sobre ella:

Pero Flask hizo caso omiso y dirigió su lanza hacia un lugar blanquecino de la parte inferior del cetáceo. El dolor que debió producirle aquel pinchazo fue tal, que el animal lanzó una especie de mugido y, en un supremo esfuerzo, volcó el bote de Flask al mar. Luego se volvió panza arriba y murió.

Mas no todos los problemas habían terminado, ya que el animal, después de muerto, comenzó a hundirse. Starbuck ordenó que con toda rapidez se sujetase su cuerpo con cuerdas,

y, así, los tres botes quedaron convertidos en boyas, esperando que el Pequod se dirigiese hacia aquel lugar para izar al enorme animal.

Cuando el barco Llegó, la ballena fue sólidamente amarrada a un costado, a la espera de ser descuartizada, como de costumbre, a la mañana siguiente.

La labor fue normal; sólo un incidente, más bien una cosa curiosa, merece ser reseñada: encontramos un arpón medio incrustado en el sitio donde Flask había procedido a rematar al cetáceo, y en su interior otro arpón muy primitivo fabricado en piedra.

¡Indudablemente, aquella ballena había sido perseguida por un navegante mucho antes de que se descubriera el continente americano! "

A la mañana siguiente se procedió a izar la ballena, pero había que luchar contra la tendencia de aquel cuerpo a sumergirse. Nuestro barco se inclinó tanto que, para ir al otro costado, teníamos que trepar como si de alcanzar la cima de un monte se tratase.

En el momento de izarla, todos temíamos que el barco se diese la vuelta de un momento a otro. Fueron inútiles todas las precauciones tomadas poniendo placas de hierro para hacer contrapeso. Aquel animal pesaba tanto que todos creíamos que, a no tardar, el barco se iría a pique.

Stubb se asomó por la borda y dijo:

-Muchachos, es preciso hacer algo, sino este bicho nos arrastrará al fondo del mar. A ver, Queequeg, corta ese cable.

-A la orden, señor.

Queequeg cogió el hacha y se dispuso a dar golpes a una gruesa cadena, que, debido a la gran tensión que soportaba, no tardó en ceder.

Entonces, con ruido de cadenas y roces, el cetáceo se hundió en el mar, y nuestro barco recobró el equilibrio.

Quizás os preguntaréis por qué las ballenas muertas se hunden. Este es un fenómeno que nadie se ha sabido explicar hasta el momento. Lo cierto es que la mayoría de ellas después de muertas flotan de costado o panza arriba, pero otras se hunden inmediatamente después de muertas.

Se supone que son las de más edad las que se hunden, debido a que tienen menos grasa y los huesos más pesados; pero a veces se han hundido ballenas jóvenes.

Media hora más tarde nos disponíamos a reanudar el viaje, cuando vimos un surtidor a lo lejos. Y también pudimos advertir que el capitán del Virgen botaba su lancha y salía en su persecución obstinadamente.

XX

Impulsados por vientos favorables nos fuimos acercando al estrecho de Sunda, que separa las islas de Java y Sumatra. El capitán tenía intención de cruzarlo para dirigirse hacia el mar de Java y luego seguir hacia el norte, con objeto de visitar mares donde abundaban los cachalotes.

También quería acercarse a Filipinas y Llegar a tiempo al Japón para la temporada pesquera. El capitán Achab seguía impasiblemente su propósito: recorrer todas las zonas balleneras del mundo para dar con Moby Dick. Su odio seguía siendo la razón que alimentaba su vida.

Vosotros os preguntaréis: ¿pero nunca tocaba tierra, nunca se acercaba unos días a alguna de aquellas islas que cruzábamos en nuestro camino? Y yo os digo: no, amigos míos. Ni una sola vez.

Por los mares que por entonces navegábamos se habían capturado varias ballenas. Se recomendó a los vigías que mantuvieran los ojos bien abiertos; pero a pesar del buen tiempo reinante que permitía divisar bellas playas plagadas de palmeras, no se veía ni un solo surtidor.

El Pequod entraba ya en el estrecho cuando oímos el grito:

-¡Ballenas a la vista!

Alrededor de tres o cuatro millas se podían observar los surtidores de una manada de ballenas. Había muchas y sus surtidores semejaban las chimeneas humeantes de una gran ciudad.

Como quiera que los balleneros persiguen incesantemente a las ballenas, éstas se unieron en manadas para no ser capturadas tan fácilmente. Por eso es normal que un ballenero se pase meses enteros sin ver un solo cetáceo y de pronto se encuentre ante millares.

Apoyados en la baranda mirábamos asombrados la gran cantidad de cetáceos que desfilaban ante nuestros ojos. El capitán

Achab dio la orden de desplegar velas y lanzarnos tras la ruta de espuma que señalaba hacia donde se dirigían los animales.

Los arponeros, con sus armas en la mano, gritaban entusiasmados, diciendo que, si el viento persistía, aquella manada perdería algunos de sus principales elementos, que quedarían aislados y a merced de sus perseguidores.

Pero Achab prefirió seguirlas mirando obstinadamente con el catalejo y mascullando:

-Tal vez en esta manada se encuentre Moby Dick.

Varias horas más tarde habíamos cruzado el estrecho, siempre detrás de la manada, y fue entonces cuando pareció que las ballenas aminoraban la marcha.

Se dio la orden de botar las embarcaciones y emprender la lucha, pero los animales, como avisados por un raro instinto, comenzaron de nuevo a alejarse velozmente. Nosotros, que habíamos saltado a las lanchas casi desnudos, estábamos agotados de tanto remar y sólo teníamos en la mente la idea de regresar al barco y abandonar tamaña aventura.

De pronto, Starbuck se puso en pie y gritó:

-¡Mirad! ¡Tienen miedo!

Nos sonreímos pensando en que aquellos animales sentían miedo de unos pobres hombres agotados como nosotros. Pero era cierto, pronto comenzaron a disminuir la marcha y a salir a la desbandada cada uno por su lado.

Separáronse los botes eligiendo cada uno de ellos una ballena. Queequeg lanzó el arpón y un cetáceo fue alcanzado plenamente. Asustado, salió nadando y se confundió con la manada, como buscando protección.

El arponero siguió en su puesto, guiando el bote, ya que ahora Starbuck embestía con su lancha a todas las que se cruzaban, a fin de que pudiéramos abrírnos paso para perseguir a la ballena herida.

A medida que íbamos entrando en la manada, la ballena perseguida iba disminuyendo de velocidad, hasta que al fin se soltó el arpón y como ya nada nos impulsaba, nos encontramos en medio de la manada.

Eran tantas las ballenas que nos rodeaban que resultaba imposible escapar de aquel lugar. Queequeg les daba patadas y Starbuck las rozaba con su lanza pero teniendo mucho cuidado con lo que hacía, pues una ballena atacada en aquel lugar hubiese significado nuestro fin.

Muchas venían a oírnos y nosotros no teníamos nada más que hacer que contemplarlas. Pero ese día yo presencié uno de los espectáculos más emocionantes.

Gracias a la claridad purísima de las aguas conseguimos ver a las hembras amamantando a sus crías. Las ballenas flotaban de lado y miraban con sus ojos a sus crías, que nadaban a su alrededor jugueteando.

Pude ver a una que, por ciertos detalles, deduje que no tendría más allá de un día, y que ya media por lo menos cuatro metros de largo por dos de ancho.

Mientras nosotros aguardábamos en el centro, sin poder hacer nada, los otros botes estaban también en situación semejante. Por esto ni los unos ni los otros podíamos atacar y

debíamos esperar a que la manada se disolviera, y elegir de nuevo una ballena para cruzarla.

Y quizás hubiésemos tenido que permanecer allí horas enteras, si no hubiese sido por una ballena herida que comenzó a nadar rápidamente, aullando de dolor, hiriendo a otras en su marcha enloquecida.

Esto las hizo reaccionar y sobreponerse a su miedo. Unas cuantas que estaban cerca de nosotros se apretujaban formando una línea compacta; las que estaban en el interior daban vueltas alocadamente.

La situación empezaba a ser alarmante. Starbuck pasó de proa a popa y dijo:

-¡Sujetad bien los remos! ¡Agarraos bien y no os caigáis al agua! ¡Tenemos que salir de aquí ahora! ¡Pasad por encima de ellas si es preciso!

Estábamos aprisionados entre dos inmensas moles que se iban juntando; como no lográsemos salir en seguida moriríamos estrujados.

Al fin, gracias a nuestros esfuerzos conseguimos dar con un hueco y por allí escapamos esperando hallar la salida definitiva. A Queequeg, un coletazo de ballena le arrancó el sombrero de la cabeza, pero por suerte se la dejó entera.

Poco después nos reunimos todos cerca del bote de Flask, que había conseguido matar una ballena de tamaño regular. Las otras consiguieron huir rápidamente.

Es bien cierto el refrán de los balleneros que dice: «Cuantas más ballenas veas, menos pescarás.» Esto podía aplicarse en nuestro caso, ya que, de la inmensa manada, sólo habíamos podido hacernos con una.

Pero quedaba el consuelo de que serían capturadas por otros barcos, y quizás en otros mares muy lejanos.

Quince días más tarde, flotaba en el aire un desagradable olor.

-Seguro que por estos lugares hay alguna de las ballenas que atacamos el otro día -dijo Stubb-. Volveremos a verlas, vivas o muertas.

Al poco rato, al disolverse la neblina pudimos ver que un barco con el velamen desplegado remolcaba una ballena al lado. El capitán, al advertir nuestra presencia se apresuró a izar la bandera francesa.

Pronto nos dimos cuenta de que la ballena remolcada era una de las Llamadas barrenadas, es decir, una ballena que encontraron flotando en el mar, muerta de forma natural.

El hedor que despiden es insoportable, y por eso muchos capitanes pasan de largo lo más rápidamente que pueden, evitando colgar a su costado aquellas masas casi en estado de putrefacción.

Pero como hay gente para todo, no falta quien aprovecharlo

Poco aprovechable que hay en esas ballenas; y éste era el caso del barco francés.

Cuando estuvimos más cerca, observamos que, aparte de la primera ballena, Llevaban agarrada al otro costado otra en mucho peor estado.

Stubb estaba descontento y despreciaba a los franceses.

-¡Vaya unos marinos! Recogen la basura que nosotros tiramos. Quizás no tengan ni una pizca de aceite para sus camarotes y pretendan sacársela a estos despojos. ¡Ja, ja, ja! Dudo que puedan sacar una sola gota de ahí. Apuesto a que yo sacaba más aceite de un mástil que de esa podrida ballena. Aunque pudiera ser que Llevasen consigo un material más precioso que el aceite. Hablo del ámbar gris, claro... ¿Habrá pensado en eso nuestro capitán Achab?

Nos hallábamos en aquel momento acorralados por aquel penetrante y desagradable olor, y no podíamos pensar en salir de allí hasta que soprase un poco de brisa.

Stubb ordenó lanzar una lancha al agua y poco después se hallaba rumbo al navío francés. Llegando, pudo leer el nombre en su costado. Se Llamaba Capullo de Rosa.

-¡Ah del Capullo de Rosa!

-¿Alguno de vosotros habla inglés? -preguntó Stubb.

Varios marineros se asomaron a la baranda.

-Yo -dijo un marinero.

-Bien, ¿habéis visto por casualidad a Moby Dick por ahí?

-¿A quién? ¿Qué dices?

-A Moby Dick, la ballena blanca. Es un cachalote blanco Lleno de malas intenciones.

-Nunca he oído hablar de él, y no hemos visto ningún cachalote blanco.

-Gracias, amigo. Hasta otra.

Stubb regresó a su barco y fue en seguida a ver a Achab.

-No la han visto, señor -le dijo.

Y dicho esto, Stubb decidió ir de nuevo al buque francés.

Una vez a bordo le sorprendió encontrarse con una rara escena. Los marineros Llevaban gorras de color rojo, rematadas por una borla amarilla. Estaban trabajando en el descuartizamiento de las ballenas.

Se veía a las claras que allí no había buen humor. Algunos marinos salían de pronto disparados y se subían a las cofas para respirar un poco de aire puro; otros empapaban sus pañuelos en alquitrán y se los Llevaban a la nariz, creyendo así combatir los miasmas.

Casi todos fumaban frenéticamente de sus pipas, echando humo por la nariz y la boca, contrarrestando así, en cierta medida, el nauseabundo olor.

Stubb fue sorprendido por una serie de gritos que salían del camarote del capitán; allí estaba el médico de a bordo, quien, después de haber protestado inútilmente contra la labor que se estaba Llevando a cabo, se había encerrado en el camarote del capitán para huir de la peste que, según él, era inminente.

Pero no por eso dejó de gritar y maldecir.

A la vista del ambiente, Stubb pensó que la idea que él había tenido no ofrecería ninguna dificultad a ponerla en práctica. Llamó junto a él al marinero que sabía inglés y le preguntó a qué se debía la, pesca de las ballenas muertas.

El marino contestó que todos estaban muy molestos con el capitán porque les había metido en aquel asunto tan sucio, y que tan poco provecho tenía para todos.

Sonsacándole un poco más, Stubb vio que el marino no sabía ni que existiera el ámbar gris. Stubb no dijo tampoco nada al respecto, pero supo ganarse la simpatía del marino y, juntos, concibieron un plan para hacer que el capitán soltase la maloliente carga.

El intérprete traduciría al capitán lo que mejor le pareciese y Stubb diría lo primero que se le pasara por la cabeza.

Casi en aquel preciso momento, el capitán del Capullo de Rosa subió a cubierta. El intérprete hizo las presentaciones y dijo:

-¿Qué quiere que le diga?

-Dile que me parece una majadería Llevar colgado a los lados esas malditas ballenas putrefactas.

-Monsieur, dice que ayer por la tarde estuvo hablando con un barco que se cruzó con el Pequod. El capitán dijo a monsieur que la víspera habían muerto seis marineros a consecuencia de haber remolcado una ballena barrenada.

El capitán se estremeció al oír estas palabras, pero no dijo nada.

-¿Qué quiere que le diga? -preguntó el marino a Stubb.

-Pues dile que cada vez que le miro me convengo más de lo inepto que es para mandar un barco. Mejor estaría en una oficina.

-También dice, monsieur, que ha observado detenidamente las dos ballenas y afirma que la seca es mucho más peligrosa que la otra. Y aconseja, si queremos conservar la vida, que las soltemos inmediatamente si no queremos sufrir la peste.

El capitán, sin pensarlo más, corrió hacia la cubierta, gritando que cortasen inmediatamente las amarras que sujetaban a ambos animales.

Cuando el marinero le vio regresar, preguntó a Stubb:

-¿Quiere que le diga algo más?

-Por mí ya está bien. Puedes anunciarle que le he estado tomando el pelo de una forma impecable.

-Capitán, dice monsieur que está encantado de haberle prestado este servicio.

El francés se sintió conmovido e invitó a Stubb a tomar una copa en su camarote en señal de agradecimiento.

-Dile que muchas gracias, pero que el alcohol me sienta mal al estómago. Además, no voy a ser tan caradura como para dejarme invitar por el hombre a quien acabo de engañar.

-Monsieur, dice que lo agradece mucho, pero que el beber le sienta mal al estómago. Además, dice que sería mejor aprovechar el viento que se levanta para marcharnos rápidamente de estos infectos lugares.

Stubb abandonó la nave francesa al cabo de pocos minutos y dijo que se llevaría a la ballena menos pesada para remolcarla lejos del lugar.

Los botes del Capullo de Rosa remolcaron a la otra hasta dejarla en un lugar apartado.

Cuando sopló el viento, el oficial del Pequod fingió soltar el lastre de la ballena, mientras el navío francés salió en rumbo opuesto.

Entonces fue cuando Stubb se acercó al barco y les anunció la maniobra que pensaba realizar. Le dieron una afilada pala y volvió de nuevo donde había dejado la ballena seca.

Dio comienzo a una excavación profunda por detrás de las aletas laterales. Desde el Pequod seguían atentamente sus menores manipulaciones. Al fin gritó:

-¡Ya lo tengo, muchachos! Hay un montón. ¡Un saco entero!

Efectivamente, dentro de la ballena, Stubb encontró una sustancia amarillenta conocida por el nombre de ámbar gris, extraordinariamente valioso para aplicaciones químicas, y que a veces había logrado la cotización del oro en polvo.

El oficial sacó seis puñados del interior del cetáceo y hubiera sacado más si no fuera porque el impaciente capitán Achab le llamaba a bordo.

XXI

Las calderas de un ballenero acostumbran a estar situadas entre el palo mayor y el trinquete.

Por vez primera se encendieron las calderas para refinar la esperma después de nuestro curioso encuentro con el Capullo de Rosa. Stubb era el encargado de dirigir el trabajo.

Yo, al igual que la mayoría de los tripulantes, estaba destinado a desmenuzar esperma para meterla en las calderas. Al principio me pareció una labor interesante, pero, al cabo de varias horas, me parecía que lo único que existía en el mundo era esperma de ballena.

Alrededor de las doce de la noche las calderas estaban en plena actividad. La más completa oscuridad reinaba alrededor del barco, y las velas estaban desplegadas; como había brisa navegábamos a bastante velocidad.

Cuando me tocó mi turno ante el timón, muerto de cansancio, me dormí apoyado en él, y fue entonces cuando me sucedió una de las cosas más extrañas de mi vida; algo que nunca he llegado a comprender.

Apoyado en el timón creí hallarme bien despierto, imaginando incluso que llevaba mis

dedos a los ojos para abrirlos más y no dormirme.

Estaba rodeado de tinieblas, y fue entonces cuando percibí la imagen del Pequod, bogando sin destino a través de mares desconocidos. Sentí un miedo horrible y dije: «Dios mío.»

Abrí los ojos y miré; ante mi asombro, durante el sueño había dado la vuelta y estaba de cara a popa, de espaldas a proa y a la brújula.

Aquel sueño mío estuvo a punto de costarnos la vida a todos.

Nunca el timonel debe dar la espalda a la brújula, porque de él depende la vida de los demás.

He explicado ya en mi largo relato cómo se pesca a las ballenas, cómo se les saca la esperma, pero me falta decir cómo se decanta el aceite en los barriles.

Se vierte el aceite en toneles que luego son cerrados herméticamente. Más tarde se empujan rodando a través de unas rampas hasta Llegar a la bodega, donde descansan hasta Llegar al punto de destino.

Es curioso observar que en las balleneras hay unos días que parecen mataderos: la cubierta está Llena de aceite y por todas partes hay un ruido que atolondra.

Pero al cabo de dos días cambia la decoración. A no ser por los botes balleneros y por las calderas, uno diría que se encuentra en un silencioso mercante, limpio y aseado al igual que sus tripulantes.

Un día se cruzó con nosotros otro barco, el Samuel Enderby, con matrícula de Londres.

En cuanto le divisamos, el capitán Achab cogió el megáfono y gritó:

-¡Ah del barco! ¿Han visto a Moby Dick?

-Sí; mire usted -gritó el capitán, blandiendo un hueso de cachalote en el lugar del brazo.

-¡Otra víctima del diablo! ¡Vamos, preparadme el bote, que voy a ir al Samuel Enderby!

Unos minutos más tarde, el capitán y sus remeros se encontraban al lado del navío. Al Llegar arriba, el capitán le esperaba con su brazo de hueso tendido; el capitán Achab levantó su pierna y la cruzó con el hueso de cachalote. ..

-¡Eso es, amigo! Entrechoquemos nuestros huesos. ¿Hace mucho tiempo que chocó con Moby Dick?

-Fue la temporada pasada, en el Ecuador.

-Se le Llevó el brazo...

-Y a usted la pierna, por lo que veo.

-Cuénteme, amigo, cuénteme qué le ocurrió.

-Era la primera vez que yo cazaba en el Ecuador. Yo no había oído hablar nunca de Moby Dick. Un día vimos cinco cachalotes y decidimos salir en su persecución. Logramos clavar el arpón a uno y estábamos siguiendo el cable, cuando de las profundidades surgió un monstruo enorme, blanco, con una joroba y Reno de callosidades.

-¡Era ella! ¡Era ella! -dijo el capitán, brillándole los ojos.

-Cuando quisimos darnos cuenta, el cable se le había enredado entre los dientes y nos vimos de pronto sobre su joroba. Yo salté al bote de mi primer oficial, aquí presente, y a pesar de que reconocía que se trataba de una especie desconocida para mí, resolví capturarla fuera como fuera. Cogí el primer arpón que encontré y se lo lancé. Tenía ya otros varios clavados en diversas partes del cuerpo.

-¡Eran los míos! -rugió el capitán Achab.

-Pero en aquel instante, sintiéndose herida, sobrevino la catástrofe. Su potente cola partió el bote en dos y nos caímos al agua. Yo conseguí subirme sobre su lomo y agarrarme fuertemente al arpón que yo mismo le había clavado. Allí estuve oscilando durante varios minutos como el péndulo de un reloj. Luego, Moby Dick se sumergió y yo con ella; un golpe

de mar me sacudió, y fue entonces cuando me hirió en el brazo.

-¿No se lo Llevó de cuajo?

-No. Aquí está el doctor que me atendió; él le contará los detalles posteriores. Cuéntelo, doctor.

-Cuando el capitán Llegó al barco examiné la herida y comprendí al instante de qué se trataba. Era una mala herida; por lo que recomendé poner rumbo a la tierra más cercana, donde pudieran atender al capitán en un hospital que dispusiera de los medios adecuados que en el barco no poseíamos. Pero como fue empeorando, resolví amputar. Como yo carecía de medios, no vacilé en encargar la amputación al carpintero del barco. Yo, en eso no intervení.

-¿Y qué pasó con Moby Dick?

-Estuvimos tras de ella durante mucho tiempo, y sólo al cabo de unos meses me enteré de que era famosa por su ferocidad.

-¿La ha visto alguna vez?

-Sí, un par de veces nos hemos cruzado con ella. Pero siempre me he mantenido al margen. ¡Al diablo las oallenas asesinas! No quiero arriesgar ninguna vida para cazarle, a pesar de que sé que significaría mucho para mí y para mi barco. Usted opina de otra manera, ¿no es cierto?

-Yo tengo la obsesión de cazarla y satisfacer mi sed de venganza. ¿Dónde la vio por última vez?

-Se dirigía hacia el Este.

-Gracias.

Y sin añadir otra palabra gritó a sus marineros para que le bajasen al bote. Volvió inmediatamente al Pequod y ordenó poner rumbo al Este.

XXII

Cuando Llegamos poco tiempo después a los Mares del Sur, el capitán Achab tuvo un raro capricho.

Estaba Perth, el herrero, trabajando en cubierta, cuando se le acercó Achab y le dijo:

-Mira, amigo -decía agitando una bolsa-. Aquí hay una serie de clavos que yo he seleccionado. Clavos de herradura de los mejores caballos. Con ellos quiero que me fabriques un arpón; un arpón tan duro que ni cien ballenas blancas puedan romper.

-Los clavos son buenos, efectivamente. Veré lo que puedo hacer, señor.

-Hazlo ahora mismo. Yo soplaré la fragua.

Una vez forjadas las doce varillas, el capitán las probó y dijo:

-No, házmelo otra vez.

Perth pensó entonces forjar las doce en una sola pieza, pero el capitán quiso hacerlo él personalmente. Mientras martillaba en el yunque pasó Fedalah por al lado y pronunció unas palabras que irritaron al capitán.

El primer oficial comentó con el segundo:

-Este diablo amarillo anda rondando.

-Y no será para nada bueno.

Cuando el hierro estuvo forjado, Perth se inclinó hacia el capitán.

-Señor, este arpón es para Moby Dick, ¿no es cierto?

-Es para el mismísimo diablo blanco. Y ahora quiero que me afiles las púas perfectamente. Ahí lo dejo mis navajas de afeitar, que son del más puro acero.

Y cuando el herrero se disponía a templar el acero por última vez en el agua, el capitán le

detuvo:

-¡Alto! Este acero no tiene que estar templado al agua. Quiero que tenga el temple de muerte.

Y como viera pasar en aquel momento a Queequeg, Tashtego y Daggoon por cubierta, les llamó para decirles:

-¡Eh! ¡Vosotros! ¡Infieles! ¿Me negaréis un poco de sangre para este arpón?

Ellos se inclinaron y pocos momentos después se daban sendos pinchazos en los brazos, con cuya sangre templó el capitán su acero.

Después buscó una madera de nogal para acoplarla y al fin se fue con su arpón a su camarote.

XXII

Unos días después encontramos en nuestra ruta al vapor Bachelor, de Nantucket.

Este buque estaba repleto de barriles de aceite y regresaba a casa alegremente. El capitán Ahab cogió el megáfono y gritó:

-¿Habéis visto a Moby Dick?

-No la hemos visto, y, además, yo no creo que exista.

-¿No, viejo Lleno de grasa? ¿Has tenido pérdidas?

-Sólo dos isleños. Anda, vente para acá, que estamos repletos de aceite y tenemos ganas de divertirnos.

-¡No gracias! ¡Mi camino es muy distinto! ¡Buen viaje! Y añadió por lo bajo:

-¡Qué tipo más imbécil!

A los pocos días tuvimos suerte. Tropezamos con una manada de ballenas y conseguimos matar cuatro.

Una de ellas fue arponeada por el bote del capitán. Las tres restantes conseguimos llevarlas al lado del Pequod, pero la cuarta quedó en el mar durante toda la noche, vigilada por el bote que la había cazado. Ya hemos dicho que el capitán se encontraba en... él.

Durante la noche todos dormían, excepto Fedalah. De pronto, Ahab se despertó sobresaltado.

-Lo he vuelto a soñar.

-¿Lo de las carrozas de muertos? Ya lo he dicho, viejo, que no habrá un mal coche que lo lleve al cementerio.

-No sé de nadie que muera en el mar y lo lleven en coche.

-Pero recuerda que yo lo dije que antes de morir verías dos coches fúnebres en el mar. Uno construido con manos humanas, y el otro con madera de nogal americano.

-¡Vaya! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué espectáculo! ¡Un carruaje flotando sobre las olas! No creo que seas tú quien lo vea.

-Tú no me hagas caso si no quieres, pero no morirás hasta que veas lo que lo he dicho con tus propios ojos.

-¿Y qué dice la profecía de ti mismo?

-Yo soy lo piloto y lo precederé en el camino

-¡Tonterías, Fedalah!

-Recuerda que sólo una cuerda de cáñamo puede matarte.

Poco a poco fue amaneciendo y la ballena fue remolcada al Pequod.

El barco se acercaba despacio a la zona ecuatorial, donde abundaba la pesca. Un día, al amanecer, la guardia que mandaba Flask se vio sorprendida por una especie de alaridos, que todos convinieron con espanto de que eran sirenas.

El más viejo tripulante afirmó que no se trataba de sirenas, sino de los últimos ahogados en el mar.

A la mañana siguiente, cuando se lo contaron a Achab, éste se puso a reír a mandíbula batiente y explicó que los islotes rocosos, por los que había pasado el navío durante la noche, estaban repletos de focas y sus crías. Gluizás éstas habían perdido a sus madres y por eso lanzaban los desgarradores lamentos que nos asustaron.

Pero esta explicación impresionó más a los marineros, que consideran a la foca como un animal de malos presagios debido a sus gritos, tan parecidos a los humanos.

Y el mal augurio no tardó en cumplirse. Cuando llegó el momento de relevo en la cofa, el vigía se subió y pocos minutos después, ya fuera porque se quedó dormido o por otra razón, se cayó de cabeza al agua.

Aunque le echaron un barril, el hombre se sumergió y no volvió a aparecer para cogerlo.

Esta fue la primera desgracia registrada en el barco, precisamente en las zonas frecuentadas por Moby Dick; aunque no creo que nadie reparase en este detalle en aquel momento.

Como el barril de salvavidas que lanzaran al marino se había hundido debido a que le había dado mucho el sol, secándose y permitiendo así la entrada de agua en su interior, decidieron sustituirlo por un féretro que Queequeg construyera un día creyendo cercana la hora de su muerte.

-¿Pero vamos a utilizar un féretro? -dijo el carpintero.

-¡Claro!

-¿Y yo tendré que fijar la tapa?

-Sí.

-¿Y habré de darle alquitrán?

-¡Pero qué clase de carpintero eres tú! ¡Vamos! ¡A trabajar!

-Sí, señor. Será curioso si el barco Llega a hundirse, se

podrán ver a decenas de personas tratando de alcanzar un féretro. Este es un caso insólito.

Mientras el carpintero trabajaba acertó a pasar por allí el capitán, quien, al ver su labor, se puso a meditar sobre la vida

y la muerte apoyado en la borda:

-El pobre carpintero clava el féretro. Así pasan los días,

las semanas, los meses, y Llega la muerte. Aquí está la obra de la muerte, que por azar se convierte en boya salvavidas. Parece la vida y la muerte luchando denodadamente entre sí. ¡Qué hermoso tema para pensar yo, sólo en mi camarote! ¡Vamos, carpintero, acaba de una vez con ese martilleo!

XXIV

Al día siguiente nos encontramos con el Rachel. Y la primera preocupación del capitán fue su inevitable pregunta:

-¡Ah del barco! ¿Habéis visto a Moby Dick?

-Sí, la vimos ayer! ¿Y vosotros, habéis visto un bote a la deriva?

-¡No!

El capitán estaba loco de alegría ante la noticia, y ya iba a botar su lancha cuando se dio cuenta de que era el otro capitán el que se disponía a visitarle.

Una vez Llegó, Achab se dio cuenta de que el capitán era de Nantucket y que le conocía de tiempo.

-¿Qué hay, amigo? ¿Dónde viste al monstruo?

Según el comandante del Rachel fue el día anterior. Tres lanchas estaban en el agua entretenidas en la pesca de algunos cachalotes. En cuanto la divisaron a lo lejos mandaron otra lancha de refuerzo, y fue ésta la que, según el vigía, había conseguido hundirle un arpón.

Pero como la ballena se alejaba seguida probablemente por sus perseguidores, el Rachel fue en su busca. Durante toda la noche estuvieron dando vueltas, pero no lograron encontrar a este cuarto bote.

Había desaparecido por completo.

Y el capitán del Rachel suplicaba a Achab que le ayudase en la búsqueda del bote.

Stubb, receloso como siempre, dijo a Flask:

-¡Vaya! ¿Desde cuándo se ha visto a dos buques dedicados a la búsqueda de un bote? Flask, estoy pensando que en el bote perdido iría el chaleco del capitán a incluso su reloj de oro. Fíjate en el interés que tiene en que le ayudemos.

-¡Por favor, Achab! ¡Ayúdame! ¡En ese bote iba mi hijo!

Stubb se quedó estupefacto ante las palabras del capitán del Rachel.

-Siento haber dicho esto, Flask. Tenemos que salvar a este chico.

Pero Achab no había aún dado su última palabra.-Querido amigo, leo en tus ojos que aceptas. Tú también tienes un hijo; aunque ahora sea pequeño, sabes el sentimiento que experimenta un padre. No me iré de este barco sin que me hayas prometido ayudarme en la búsqueda.

-Lo siento, amigo, pero no puedo ayudarte. Esto retrasaría demasiado los planes previstos. ¡Que Dios me perdone! ¡Y a ti lo ayude! ¡Zarpemos inmediatamente!

Y dando media vuelta desapareció en su camarote. El otro capitán se fue triste hacia su embarcación, y poco después les perdimos de vista.

A mí me pareció que el Rachel se alejaba dejando una estela de lágrimas por sus hijos perdidos...

XXV

En los días que siguieron, lo más destacado fue el mal humor de Achab. Todos comprendíamos bien qué le sucedía.

Después de tanto tiempo y de tanta búsqueda se veía recompensado. Dentro de poco nos enfrentaríamos con Moby Dick, la terrible ballena, y sus deseos de venganza le corroían las entrañas.

El Pequod navegaba por las mismas aguas donde tiempo atrás había tenido lugar la tragedia del capitán Achab.

La tripulación comprendía que dentro del alma del capitán se entablaba una terrible lucha entre sobreponer la razón y la lógica a su venganza, o en dejarse arrastrar irremisiblemente por ella.

Durante días y días permaneció en el puente, con su pata de hueso metida en el agujero. Por las noches quedaba su ropa empapada por el rocío, y durante el día se le secaba gracias al sol.

Sólo hablaba para pedir algo de comer, y miraba fija a insistentemente al horizonte.

Fedallah ejercía su terrible influencia sobre Achab, ahora más que nunca, y parecía perseguirle con sus miradas significativas.

Como pasaron varios días, Achab sospechó incluso de sus tripulantes, pensando que, en el caso de avistar a la ballena, no le avisarían, para impedirle que Llevase a cabo su venganza.

Una mañana vimos en el horizonte la silueta de un barco; se trataba del Placer.

-¿Habéis visto a Moby Dick? -preguntó el capitán Achab.

.-Mira lo que queda de nuestra ballenera, amigo.

Y, efectivamente, los restos destrozados de lo que había sido una ballenera colgaba a un lado del barco.

-¡No la mataste!

-Aún está por forjar el arpón que acabe con ese monstruo.

Entonces, el capitán Achab blandió el que Perth le había forjado.

--¡Mira, amigo! Está templado en sangre y acabará con el terror de los mares.

-Dios se apiade de ti, pobre loco -dijeron desde el Placer-, Ayer estaban vivos cinco de mis hombres, pero se los

-tragó el mar o esa ballena endiablada. Piensa que quizá no quede ninguno de los tuyos para contarlo.

-¡Avante, muchachos! -gritó Achab, sin despedirse del Placer.

XXVI

Fue aquella misma noche cuando por todo el barco se esparció el característico olor de cachalote que se nota aun cuando éste se halle a gran distancia.

-¡Todos los vigías a sus puestos! -gritó Achab.

Todos nos levantamos excitados por la ocasión.

-No vemos nada, señor -decían los vigías desde sus cofas. El capitán, no pudiendo soportar su impaciencia, se subió a lo alto del puente, y de pronto lanzó un alarido que a todos nos hizo estremecer.

-¡Moby Dick! ¡Ahí está la maldita, hijos míos! ¡Por fin! ¡A los botes todos!

Pronto las cuatro embarcaciones se hallaban en el agua surcándola con rapidez hacia donde estaba el monstruo.

Al poco tiempo nos hallábamos cerca. Moby Dick navegaba casi completamente oculta por el agua. Se veía un arpón recientemente clavado, así como sus arrugas y su inmensa joroba blanca.

De pronto se volvió el monstruo: con las fauces abiertas se dirigió hacia nosotros a toda velocidad. El capitán, entusiasmado, gritó: ..

-¡Hijos míos! ¡Ha Llegado la hora de enfrentarnos con ella cara a cara!

Pero antes de que tuviera tiempo de lanzar su famoso arpón, Moby Dick propinó tal embestida al bote que lo partió en dos, cayendo al agua sus tripulantes, quienes fueron recogidos en seguida por los tres botes restantes.

El capitán, que subió con Stubb, ordenó seguir la persecución, pero al poco rato tuvo que desistir, ya que el cetáceo nadaba a gran velocidad y todos se hallaban fatigados.

Así es que regresaron al barco, pensando seguir la persecución desde él. El día terminaba ya y el capitán dijo:

-Por la noche correrás menos, maldita. Te seguiré hasta el fin del mundo si es preciso.

XXVII

Al amanecer salió el capitán a cubierta.

-¿Qué hay de nuevo?

-Ayer desapareció Fedalah, señor.

-¿Como? No puede ser cierto.

El capitán palideció.

-¡Imposible! ¡Buscadle por todo el barco!

-Señor, yo creo que se hundió al partir Moby Dick la ballenera -dijo Stubb.

-¿Que se hundió? ¿Qué quiere decir con eso? ¡Ah! Esta palabra trae negros presagios para mí. ¡Pero no! ¡Juro dar la vuelta al mundo si es preciso, pero Moby Dick caerá bajo mi acero!

-Capitán, le ruego que me escuche -dijo Starbuck-. Cálmese, por favor. ¿Acaso tenemos que seguir a ese monstruo días y días hasta que se hunda en el mar el último tripulante del Pequod? Deje ya esa loca idea.

-Starbuck, yo siempre sentí gran simpatía por usted, pero en este caso nada puedo hacer por complacerle. Yo sigo siendo su capitán, y debe usted obedecerme, al igual que el resto de la tripulación. ¡Hijos míos! ¿Tenéis miedo?

-Nunca, señor.

-No estéis preocupados; yo veto por vosotros. Fedalah me dijo que antes moriría él para poder aparecerse a mí anunciándome mi propia muerte. Pero esto son fantasías, supersticiones. ¡No os preocupéis, hijos míos!

No se vio nada durante todo el día y, al amanecer del siguiente, el capitán ordenó virar el Pequod, pues aseguraba que en nuestra carrera habíamos adelantado a Moby Dick.

Starbuck se mostraba muy preocupado y dudaba si debía o no obedecer al capitán Achab. ballena; inmediatamente se dio la orden de bajar las lanchas balleneras.

-Starbuck...

-Diga, señor.

-Otra vez emprendemos la aventura...

-Sí, señor, porque usted lo desea.

-Sí, lo deseo; pero me siento viejo. Dame la mano, Starbuck.

Achab había tuteado al primer oficial, como sólo en las grandes ocasiones solía hacerlo. Los ojos de ambos estaban cubiertos de lágrimas.

-¿Cómo pasa el tiempo, Starbuck!

-Capitán, no embarque en esa lancha... No persista en su idea. Regresemos al hogar...

-No. ¡Vamos, botad la lancha!

Una vez en el agua, los tiburones merodeaban alrededor de los botes. Pero estos seguían impertérritos hacia el lugar donde estaba Moby Dick. El capitán reía, excitado:

-¡Ja, ja, ja! Ya podéis seguirme, escualos. Fedalah me dijo que sólo moriría por la cuerda. No seré manjar para vuestras bocas. ¡Ja, ja!

La inmensa mole, tranquila hasta entonces, al sentirse de nuevo atacada se revolvió con fuerza. Su cuerpo estaba acribillado de arpones y numerosas cuerdas y maderas enmarañadas se veían por sus flancos.

Lanzó un tremendo coletazo y averió dos lanchas, salvándose momentáneamente la del capitán; mientras los marinos taponaban como podían los agujeros, un arponero gritó:

-¡Mire, capitán!

Enredado entre las cuerdas se encontraba Fedalah, casi destrozado. Había quedado aprisionado sobre la ballena y allí permanecía, con los ojos desorbitados de miedo aun después de muerto.

-¡Fedalah! Es cierto que lo apareciste de nuevo. ¡Tú me has precedido y yo iré después! ¡Muchachos, id al barco a reparar las lanchas! Yo me basto solo. Si venzo, venid a recogerme;

si muero, mejor estoy solo. Y al que intente saltar a mi bote le clavo el arpón en el estómago. A ver, ¿dónde está ahora?

La ballena se alejaba velozmente, y el capitán ordenó al Pequod que la siguiera, mientras él hacia lo mismo desde su bote. Los tiburones iban mordiendo las palas de los remos hasta dejar apenas el mango, pero Achab seguía su persecución. Al Llegar al lado de Moby Dick, y a una distancia muy corta, Achab, Lleno de ira, lanzó su arpón contra la joroba blanca.

El animal se arrojó entonces sobre las encrespadas olas, pero cuando el capitán se disponía a sujetar bien el cable, éste, incapaz de soportar la tensión, se rompió.

-¡Volvamos a ella! ¡No la dejemos escapar!

La ballena, en vez de volverse hacia el bote y atacarlo, se dio cuenta de que cerca de allí flotaba un cascarón negro. Sin duda creyó que en él estaba el origen de todos sus males; así es que la emprendió contra el Pequod.

Starbuck, que estaba al mando del barco, ordenó virar lo más rápido posible; pero el animal seguía en línea recta hacia él.

-¡Timonel! ¡Timonel! ¡Vira en redondo! ¡Vamos! ¡Que se nos echa encima la ballena!

Y Achab, desde su embarcación, gritaba despavorido viendo que su barco iba a perderse.

En el último momento el animal se detuvo. Se diría que reflexionaba o que trataba de medir sus fuerzas.

Toda la tripulación se hallaba a proa empuñando toda clase de objetos con que defenderse.

El animal abría sus fauces y su feo rostro expresaba odio, venganza, rencor, una diabólica maldad...

XXVIII

Nada en este mundo habría sido capaz de detener la furiosa embestida de la ballena.

Oímos un ruido tremendo y todo el navío crujió. Los tripulantes caíamos de bruces sobre cubierta; los palos, las cuerdas, todo quedó destrozado al partirse bajo la embestida.

Las cámaras bajas comenzaron a inundarse de agua. El barco se hundía.

La ballena se sumergió y volvió a emerger, precisamente cerca del bote del capitán. Este no comprendía todavía la magnitud del desastre.

-¿Cómo? ¿Qué ocurre? No veo nada. ¿Es que os atrevéis a morir sin mí? ¿Es que mi nave va a hundirse sin que yo esté dentro? Pero, maldita ballena, voy a matarte, aunque ahora sé que mi muerte es ya cierta.

Lanzó Achab el arpón y la ballena, herida de muerte, se revolvió. Por desgracia, la cuerda que sujetaba el arma se enredó en el cuello del capitán, quien cayó al agua. Nadie en el bote se dio cuenta; todos miraban los últimos instantes del Pequod.

Tashtego quiso remachar la bandera en el palo mayor antes de morir, y sobre el mar se veía un martillo golpeando trágicamente.

Se hundió hasta la última astilla del Pequod, y pronto las aguas, después del último remolino, quedaron inmóviles.

EPÍLOGO

De aquel puñado de hombres que tripulaban el Pequod, sólo yo quedé para contar esta historia. Ni yo mismo comprendo cómo logré salvarme.

Nadé largo rato alrededor de la zona del siniestro, hasta que vi como salía flotando el

ataúd de Queequeg, convertido en salvavidas.

Me agarré a él con todas mis fuerzas y así pasaron muchos días y muchas noches.

Desesperaba ya de que me encontraran, y estaba a punto de flaquear cuando vi al Rachel, que continuaba su búsqueda.

En vez de encontrar a sus hijos, sólo halló un náufrago a la deriva

FIN